

# Mi vida en tus Manos

Julia  
Pera

Isabel  
de  
Pera





**MI VIDA EN TUS MANOS**

PROHIBIDA LA REPRODUCCION

# EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES  
CINEMATOGRAFICAS

Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

## MI VIDA EN TUS MANOS

Deliciosa comedia de humor.

Epoca: 1873, en París.

Argumento de  
EDMUNDO ABOUT

Guión y diálogos:  
ANTONIO DE OBREGÓN

Dirección:  
ANTONIO DE OBREGÓN

Productora:  
UNIÓN CINEMATOGRAFICA ESPAÑOLA, S. A.  
(UCESA)

Distribución:



## **Intérpretes :**

Julio Peña

Guadalupe Muñoz Sampedro

Isabel de Pomés

Juan Calvo

Miguel del Castillo

Manuel Kayser

Nicolás D. Perchicot

Fernando Aguirre

Julia Pacheco

Mercedes Segura

Concha López Silva

M.<sup>a</sup> Dolores Pradera

Francisco Marimón

Tomás Seseña

José Portes

**Argumento narrado por  
Ediciones Bistagao**



# Mi vida en tus manos

---

## Argumento de la película

---

El Marqués de Gueblán hablaba tranquilamente, convencido de sus teorías, seguro de estar en lo cierto, aunque en el rostro de su paciente el Barón veía bien a las claras que su opinión defiría diametralmente de las ideas que él sustentaba.

—Vivimos en pleno siglo diecinueve —afirmaba el Marqués, con su aspecto de hombre cachazudo y pegado a la materialidad de la vida—. Lo que en otro tiempo valía cien, ahora vale mil... Las más grandes fortunas se deshacen como el azúcar en agua... Ya no somos, ya no podemos ser como nuestros abuelos... sino hombres con corbata y cuello planchado, que vamos en coche, a una velocidad de vértigo... y es menester incorporarnos a las corrientes de nuestro siglo... Déjame, pues, construir mi propia vida, mi querido Barón, una vida

propia y con espacios infinitos...

—Perfectamente —replicó el interpelado, mirando con melancolía el rostro del primer marqués de Gueblán, noble guerrero de pretéritos siglos que, desde lo alto de un retrato de colosales dimensiones, escuchaba en silencio y con hostilidad, silencio y hostilidad amasados en todos aquellos siglos que le separaban de sus sucesores, el diálogo entre sus dos descendientes—. Perfectamente, mi querido Gueblán... Así, según tus teorías, hay que dedicarse a fabricar quesos y mantecas y ser un merca-chife cualquiera, ¿no es eso?... sin que importe un ardite la prosapia de la raza... Me han dicho que en tu manía por los negocios hasta fabricas opio para exportar al Asia.

—¿Lo que sale!—musitó el Marqués haciendo un vago gesto de indiferencia.

—¿Ah!... Luego, ¿es cierto?

—¿Y a ti qué te importa, vamos a ver, que en el Asia se envenenen?

—arguyó el Marqués, cuyas réplicas un poco desenfadadas contrastaban con el alarde de altivez de su pariente.

—A mí nada... la verdad... Pero dime, ¿cómo te dió por trabajar, siendo primo mío?

—Porque si quiero que mis descendientes tengan algo de dinero, he de tener yo muchísimo...

El Barón se detuvo en su paseo a lo largo de la habitación ante una mesita sobre la cual había un libro:

—¿Qué es esto? — Inquirió tomándolo en sus manos.

Y leyó en voz alta y con una entonación que era casi un canto épico:

—*Sobre la educación de los conejos rusos y las gallinas de la Conchinchina*, por el Excmo. Señor Marqués de Gueblán. 1854.

—Es mi último libro, mi querido primo, y no comprendo el porqué de tu extrañeza. El viejo Catón legó a la posteridad una famosa receta para hacer la sopa de coles... ¿Quieres leerlo?

—Gracias. Prefiero *El Conde de Montecristo*... Tus conejos sólo podría soportarlos con tomate.

—No creas que me ofendes—sonrió el Marqués, que tenía un tem-

peramento envidiable y que jamás se ofendía por las bromas de que era objeto por parte de su primo—. Para mí, nada tan respetable como el consumidor... ¿Qué hay, Perrochón?—preguntó, mirando a su mayordomo, que respetuosamente aguardaba en el vano de la puerta la venia de Su Excelencia, para poder hablar.

—Señor, la comisión de vecinos lleva esperando un buen rato... —replicó el mayordomo con una profunda reverencia.

—Me había olvidado de ellos. Que pasen mis excelentes vecinos... No, no te vayas, mi querido primo —añadió, dirigiéndose al Barón, que había hecho ademán de salir—. Son cosas de negocios... puedes es-cucharlas, si te interesan, y si no, puedes leer algún libro en un apartado rinconcillo de este salón...

La comisión de vecinos, campesinos toscos todos ellos, un poco turbados y con gesto medroso, entró en el gran salón donde el Marqués les aguardaba.

—¿Se encuentra bien el señor Marqués? —preguntó el que debía llevar la voz cantante, y que temblaba ligeramente al dirigirse a aquel alto personaje.

—Magnífico... ¿Y vosotros?... ¿Qué os trae por aquí?

—Pues... que... necesitamos más



acémilas... y hemos pensado en usted.

El Barón, sorprendido por aquellas palabras que parecían una alusión directa a su primo, y no por cierto demasiado halagüeña, miró a éste para ver la reacción que ellas le producían, y se quedó harto sorprendido al escucharle responder con la más perfecta calma:

—Por mi parte, no tengo inconveniente, pero a otro precio que la última vez. Los animales han subido muchísimo...

—En este caso tendremos que prescindir de las acémilas — aseguró el que hablaba en nombre de todos los labradores.

—¿Prescindir de los animales?... ¡Jamás!... ¿Y vuestra laboriosidad? ¿Y el espíritu de sacrificio proverbial en esta región?... No, no, no... Os daré facilidades de pago... Id a ver a don Calixto, el administrador, y ya veréis como todo se arreglará... ¡Nos sacrificaremos todos!

—Pero...

—Nada, nada... lo dicho... Id a hablar con don Calixto — replicó el Marqués, empujándolos suavemente hacia la puerta y despidiéndolos hábilmente, para que no tuvieran tiempo de protestar.

El barón hizo un gesto indignado cuando los campesinos hubieron

salido y, dirigiéndose a su primo, exclamó con desdén:

—¡Regatear como un rufián... el nieto de una familia de manirroto insignes!...

—A mi me ha tocado recuperar lo perdido... Oye, Perrochón, no quiero recibir a nadie más. Que enganchen en seguida. Tengo que ir a la fábrica y luego probaremos la nueva trilladora—ordenó a su mayordomo.

—Bien, señor.

—¡Esto es lo mío! ¡La actividad, la empresa, el trabajo, la iniciativa!...

—Os encuentro a todos un poco desequilibrados — comentó el Barón con tristeza.

Y como si viniera a corroborar su aserto, entró en aquel instante la señora Michot, hermana del Marqués de Guehlán, una mujer ajamornada, nerviosa, llena de pretensiones, infantil en sus gestos y en sus maneras, empeñada en no salir de una juventud que, ¡ay!, hacía muchos, muchos años, se había quedado a la zaga.

—¡Hermanito, hermanito! ¡Tengo dinerito bonito gracias a mi hermanito! — decía la señora Michot que se acercó a su hermano en unos saltitos cómicos y le besaba y abrazaba en un raptó de júbilo.

Y de pronto, viendo al Barón, sonrió como si se sonrojara un poco por aquella expansión familiar, y dijo con un mohín de niña pequeña:

—¡Ah, si no te había visto!...

—¿Ves, mi querido primo, el encanto de los negocios?—rió el Marqués, teniendo abrazada a su hermana todavía—. El dinero nos hace buenos a todos, hasta con nuestros propios familiares... ¿Y qué vas a hacer con todo ese dinero?—preguntó a su hermana,

—Voy a hacerme una estatua por un buen escultor. Estos días voy a elegir... ¡Conozco tantos artistas!...

—¿Y tú crees realmente que de-

bes... perpetuarte?—inquirió el Barón con una leve ironía.

—¿Por qué no?—replicó la Michot—. ¡Paulina Bonaparte!—añadió, adoptando la postura de la célebre escultura de la hermana de Napoleón.

—¡Dios mío!... ¡Esto es una casa de locos!... Tú, Gueblán I, fundador de nuestra familia, guerrero insigne, hombre que supo llevar con dignidad y decoro el peso de los honores y de la gloria, ten piedad de estos descendientes tuyos, víctimas del mal del siglo... y protégelos contra los quesos y las trilladoras mecánicas, que han hecho polvo su honor...!

\* \* \*

Unos días después, la señora de Michot visitaba una exposición de arte en uno de los más conocidos salones de París cuando se encontró de manos a boca con una antigua amiga:

—¡Mi querida Cecilia! —exclamó la de Michot con aquellas grandes muestras de afecto que prodigaba a todos, como si con ellas quisiera sobresalir del resto de los mortales—. ¡Tres meses sin dejarse ver!

—Tres meses ha durado mi via-

je de boda...—replicó Cecilia sonriendo—. Me casé con el banquero Lerambert... ¿No lo sabías?

—Lo habían dicho, pero no podía creerlo... ¡De modo que te has casado con...! Has hecho bien. Así sus hijos tendrán un freno, que bien lo necesitaban.

—Pues no lo tienen, hijita. ¡Soy la madrastra ideal! Les dejo hacer lo que les apetece... A mí los muchachos me tienen sin cuidado... quien me importa en realidad es él —añadió, queriendo dar un aire

romántico a una cuestión en la que sólo había intervenido el interés personal.

—Bien, te felicito y te dejo. Ven a cerrar la exposición y aun no he visto nada. Espero que el nuevo matrimonio Lerambert irá por nuestra casa uno de estos días... ¿Prometido?

—Prometido — contestó Cecilia Lerambert estrechando la mano de la señora de Michot.

Esta fué deteniéndose en rápida ojeada ante cada una de las obras de arte que se exhibían en la sala cuando, de pronto, lanzó unas grandes exclamaciones de admiración y de sorpresa:

—¡Sublime!... ¡Extraordinario!... ¡Admirable!... ¡Ah, qué maravilla! —decía frente a una escultura bastante mediocre que se titulaba "El naufragio de Don Juan", y que representaba a éste aferrado a una roca en el momento en que es precipitado al abismo infernal

—Esta señora está loca—comentó en voz baja uno de los visitantes de la exposición, mirando con recelo a la de Michot.

Ella, entusiasmada ante aquello que ella estimaba una maravilla, interrogó a un caballero que estaba junto a ella:

—¿Es usted el autor de esta estatua?

—No, señora; yo soy crítico de arte...

—¿Crítico de arte?... ¡Oh, nunca había visto un crítico de cerca!... ¡Qué interesante! — dijo la señora de Michot, mirándole impertinentemente y dando la vuelta a su alrededor como si examinara un caballo de carreras.

El crítico, un poco violento y un poco indignado, replicó, dando media vuelta sobre sus talones y alejándose enfurecido:

—Señora... ¡páguese sus diversiones, si quiere tenerlas!

La de Michot anduvo unos pasos hacia atrás, sorprendida de que sus palabras hubieran podido ofender al crítico, y dió un terrible pisotón a un pobre diablo que estaba a su espalda.

—¡Ay, perdón! — exclamó la aturdida señora dando un saltito—. ¿Le he hecho daño?... ¡Pobre!... Ha sido sin querer... ¿Dónde ha puesto los pies?...

—Seguramente debajo de los suyos... pero no importa, no ha sido nada.

—¡Qué amable!... Dígame... ¿es usted el artista maravilloso que ha concebido esa obra maestra?—preguntó señalando al "Don Juan".

—No, señora... pero soy amigo del artista.

—¿Y él va a venir?



—No, señora, no le gusta la exhibición... Ni siquiera que hablen de él los periódicos...

—¡Ah, qué inteligente!... Oiga... ¿cómo es él?... ¿Joven?... ¡Oh, sí! debe de ser joven todavía... ¿Como usted?... ¿Y con su misma cara de pillastre?...—preguntó la de Michot insinuante y traviesa como una niña de quince años.

—Es joven, simpático, dueño de sí mismo, inteligente...

—¡Ah!... Dígame que tiene en mí una verdadera amiga... que no está sólo en la lucha... Desde luego me quedo con el "Naufragio de Don Juan"... ¿Qué tendré que pagar por él?... Espero que menos de treinta mil francos...

—¡Treinta mil francos!—exclamó Gustavo abriendo unos ojos tamaños—. ¿Y como teniendo tanto dinero, no compra usted todo el Louvre?...

—¡Ay, qué gracioso!—rió la de Michot mientras sacaba una tarjetita suya y la colocaba en la estatua para que se viera que ya estaba adquirida—. Dígame, ¿dónde vive el señor Pierro?

—Daniel Pierro vive más allá de la calle de San Honorato, en la del Candil Viejo, número 3.

—¡Oh, una casa de folletín, como si lo estuviera viendo!... ¡Hay

que sacarle de allí inmediatamente! ¿Vive solo?

—No, señora; vive con su madre.

—¿Con su madre?... ¡Ah, qué cosa tan sentimental!... ¿Cómo me gusta!... ¡Parece una novela!... Bien, gracias por los datos... Mandaré por la escultura.

—Puede llevársela cuando quiera... ¡Le dará una gran alegría!

—¿Usted cree?... ¡Ay, que Don Juan! ¡Me tiene extasiada! ¡Siempre fué Don Juan mi personaje favorito!...

Bajo aquella dulcísima impresión, sugestionada por su cerebro exaltado y romántico ahito de literatura barata, la de Michot subió a un coche y se hizo conducir a la calle del Candil Viejo, más allá de la de San Honorato.

Se encontró frente a una casucha viejísima, oscura, de tortuosa escalera, y comenzó a subir con el corazón palpitante de emoción; le parecía estar viviendo una de sus novelas predilectas y ser ella una heroína romántica que iba en pos de la maravillosa aventura que iluminara su vida toda.

La fatiga de la ascensión precipitaba aún más los latidos de su corazón emocionado y de vez en cuando se detenía para tomar aliento, mirar hacia abajo para comprobar que todavía no sentía el

vértigo de las alturas y seguir subiéndolo por aquellos peldaños de madera crujiente, desgastada por el paso del tiempo y el de miles de vecinos que por ellos habían desfilado en el loco cortetear de cada día durante toda su larguísima existencia.

Cuando le pareció que ya no podía subir más, que aquella escalera que parecía conducir al paraíso había terminado, se encontró con una mujeruca que perseguía a un chiquillo para darle una solemne paliza, a juzgar por los gritos desaforados que daba éste, y la detuvo un momento para preguntarle:

—¿El señor Fierro?

—La última puerta a la derecha —contestó la mujer, que le dio un pequeño empujón para seguir persiguiendo al muchacho.

La de Michot miró en aquella dirección y leyó sobre la puerta indicada: *Estudio*. El corazón le dio un nuevo vuelco, y esta vez no era la fatiga la que se lo producía, sino la emoción de encontrarse ante la puerta del artista, algo así como el "Sésamo" del cuento, y se acercó toda temblorosa a ella.

Un hombre, con unas facturas en la mano, hablaba con un viejecita simpática, dulce, humilde, bajo cuya cofia blanquísima asomaban las hebras de plata de un cabello que

parecía hecho con rayos de luz de luna.

—Mi hijo no está... y no sé si podré pagarle —decía la viejecita con una voz temblorosa pero muy dulce.

—Tengo órdenes de no marcharme de aquí sin el dinero. De lo contrario, mañana irán al Juzgado.

—Sí, sí... si tiene usted toda la razón... pero ¿es que no pueden esperar un poco?

—No, señora, se han acabado ya las contemplaciones—replicó el cobrador de mal talante—. ¡Son ya cuatro meses los que adeudan!

—Bien, espere usted... iré a ver —murmuró la ancianita, desapareciendo en el interior de la casa, para aparecer pocos momentos después, diciendo al cobrador—, Pase, pase, hablará usted con mi hijo...

Fué en aquel momento cuando la señora Michot se acercó a la puerta y preguntó:

—El escultor Daniel Fierro vive aquí, ¿verdad?

—Sí, señora; pase... o no, aguarde un momento, porque creo que tiene visita —replicó la viejecita acordándose de que su hijo debía de estar en aquel momento discutiendo acaloradamente con el cobrador.

Pero turbada ante la sonrisa de



la de Michot, sofocada, bajando los ojos, añadió:

—Pase, pase usted...

El estudio de Daniel Pierro era una pieza grande, destartalada, una de esas grandes piezas de las buhardillas parisienses que abren sobre los tejados, que son heladas en los meses de invierno y un verdadero horno durante el verano, en las que tiene que andarse a veces con la cabeza inclinada para no tropezar con las vigas de madera o con el propio tejado, que, en los ángulos, descende hasta tocar casi con el pavimento. Diseminadas por el estudio había algunas estatuas envueltas en paños húmedos, pedazos de barro aun sin modelar, y esas mil y una cosas que se hacían en estas habitaciones en donde la bohemia tiene su asiento. La cama estaba colocada en uno de los rincones de la habitación, sirviéndole de dosel el tejado y de marco una gran ventana a través de cuyos cristales se veían escalonarse hasta lo infinito chimeneas y tejados de pizarra gris, casi negra, con esa negrura tan típica de París, que parece hecha con el polvo amasado por los siglos, cargados de todas las nostalgias de la Historia.

Daniel trabajaba en el ángulo opuesto, frente a otra gran ventana que tenía a través de sus vidrios

idéntico panorama que la primera, y junto a él, pacientemente, aguardaba el cobrador a que el artista levantara los ojos y los fijara en él.

Cuando entró la señora de Michot, Daniel había dejado el cincel y el buril, había cogido al cobrador por los brazos y, levantándole como a un pelele, sin decir palabra, en un gesto natural, se adelantó hasta la ventana y lo arrojó por ella, sacudiéndose las manos como si acabara de deshacerse de algún trasto inútil y enojoso.

La de Michot ahogó un grito y se tapó los ojos horrorizada ante aquel espectáculo, y Daniel se volvió a ella asustado, pues hasta aquel momento no se había dado cuenta de la presencia de la dama:

—Señora...

—¡Ay!... ¿Trata usted así a todas sus visitas?... — preguntó ésta, mirándole con miedo.

—No se preocupe usted—rió Daniel ante el miedo de la desconocida visitante—; ése era un reincidente,

—Se habrá matado...

—No creo... ¡Hay muchos tejados!... No ha saltado más de metro y medio... ni siquiera lo bastante para dislocarse un pie...

—La de Michot rió con una risita forzada y, tratando de repo-

nerse del enorme suato que se acababa de llevar, dijo al artista:

—Usted no me conoce a mí, pero yo sí le conozco a usted... y por eso he venido. Déjeme que estreche su mano...

—Están llenas de barro—se excusó Daniel, limpiándose las en un paño.

—No importa... ¡quiero que me salpique usted de gloria!—exclamó la de Michot, volviendo a su exaltación y a su romanticismo.

—Ahí va mi mano, y mi agradecimiento... ¿A qué debo el honor de su visita.

—He comprado una de sus obras que figura en la Exposición... ¡Es usted un gran artista!... ¡Es igualito a como yo lo había soñado!—dijo la señora de Michot poniendo los ojos en blanco.

—Lo celebro mucho—afirmó Daniel, divertido por el modo de hablar de aquella neurótica para la cual todo era maravilla, asombro y pasmo.

—¿No sabe cuánta emoción tengo al entrar aquí... el santuario del artista!... ¡Fidias, Miguel Ángel!... ¡Oh, pero antes es preciso hablar de otra cosa! ¡La prosa de la vida! ¡De vez en cuando hay que bajar de lo alto... y bajar con cuidado para no desnucarnos, ¿no es verdad?... ¡Ja, ja, ja!—rió la de Mi-

chot que tenía rápidas transiciones.

—Usted se lo dice todo...—sonrió también Daniel, cada vez más divertido y asombrado, porque a él también le parecía estar viviendo fuera de la realidad.

—Bien, pues mire, aquí tiene usted un pequeño adelanto sobre la escultura que acabo de adquirir en la exposición...—dijo la de Michot, entregándole un buen puñado de billetes.

—¿Un pequeño adelanto?... ¡Pero si esto es muchísimo!...—exclamó Daniel, agradablemente sorprendido tomando el dinero en su mano.

—Verá usted... yo quiero hacerme una estatua y vengo a encargársela a usted... Ya ve como eso no es más que un pequeño anticipo... ¿En qué actitud puedo hacérmela? ¡Eso es cuenta suya!... ¡Míreme!...

Daniel la miró con una rápida ojeada de perito y replicó con diplomacia:

—Lo mejor sería un busto...

—¿Usted cree?

—El cuerpo entero, a partir del Imperio, ha caído en desuso.

—Bien... ¿Cuánto me llevará usted?

—Doce o quince sesiones...

—¡Es mucho!... ¡Oh, robájeme algo!... ¿De dónde voy a sacar yo

todo ese tiempo? ¡Y en vispera de la llegada de mis invitados!

—¿Invitados?

—Sí, mi hermano el Marqués de Gueblán y yo recibimos a nuestros amigos con motivo de que queremos casar a mi sobrinita... La pretenden dos: mi hermano patrocina a uno y yo a otro, y tratamos de ponernos de acuerdo... lo que no conseguiremos, porque jamás nos hemos puesto de acuerdo en nada. ¿Comprende? Usted irá a nuestra casa, aunque vivimos muy unidos... casa y yo le daré doscientos francos diarios, además de tratarle como a uno de nuestros más ilustres huéspedes... ¿Hecho?

—¡Hechísimo! — afirmó Daniel, que no entendía jota de lo que aquella señora le decía, pero que había sacado en claro que iba a hacer vida de príncipe durante unas semanas y que por ello le darían doscientos francos diarios... ¡Si aquello era un cuento de "Las Mil y Una Noches"!

—El busto lo quiero en mármol, ¿sabe usted?—seguida diciendo la de Michot que no se daba cuenta del asombro del muchacho—. Los retratos en bronce parecen de soldado romano... Y elija un trozo de mármol bien limpio, que me favorezca, ¿comprende?

—Señora, le haré un excelente

retrato y se encontrará parecidísima.

—¿Parecidísima?... ¡Será borroso!... ¡Ay, usted sí que es guapo!... ¡Qué bello perfil!... ¡Nadie diría que es usted escultor!—suspiró la de Michot, encumbrándose de nuevo a las nubes

—¿Cómo creía usted que éramos los escultores?

—Pues como los albañiles, sólo que, en vez de hacer casas, hacían estatuas... Pero no me haga caso y arréglese... Vengo decidida a llevármelo conmigo

—¿Ahora?... ¡Imposible!... He de preparar los materiales—se excusó Daniel, que no quería precipitaciones

—Bien, entonces le aguardo en mi casa. Esta es mi dirección. Vaya usted preparando para unos cuantos días, Daniel... ¡Ay, quisiera ser su hada, su musa, su inspiradora!... ¡Adiós, Daniel, hasta pronto!—suspiró, estrechándole la mano y despidiéndose con una ternura de "midinette" del siglo dieciocho.

Cuando Daniel hubo cerrado la puerta tras de aquella estrafalaria señora, corrió a su madre, la cogió en brazos, dió con ella unas vueltas de vals, la besuqueó fuerte, la zarrandeó como a una chiquilla y le dijo:



—¡Mamá, mamá, mamá!...

—¡Pero hijo, suelta, basta, basta!... ¡Qué loco eres!... ¡Déjame ya, que ya sé lo que pasa!...

—¿Qué es lo que sabes?

—¿Te enfadarás si te digo que lo he estado escuchando todo?—rió la viejecita, segura del perdón de su hijo.

—¡Ay, mamá! ¿Y no te sientes dichosa? Toma, ahora puedes pagar todas las deudas y si esa señora sigue tan loca como hasta ahora, ya podemos asegurar que nunca más deberemos nada a nadie... Bueno, ahora a preparar mi equipaje... Yo limpiaré los útiles y tú pondrás mi ropa en el maletín.

—Te pondré la que esté menos sucia, ya que vas a vivir entre señoras...

—Como tú quieras, mamá.

—Toma, y esto para ti.

—¿Qué me das?

—La mitad del dinero que te ha dado esa señora. Yo nunca necesito nada para mí. Allí pueden tener la costumbre de jugar, y debes quedar bien. Además tendrás que dar propina a los criados... Y sobre todo sé prudente y no hagas ninguna tontería... Hay en la casa una señorita, ya has oído cómo lo ha dicho esa señora, y tú eres un grandísimo loco que eres capaz de cualquier atrocidad...

—Estate tranquila, mamá, esa niña debe ser tan impertinente como su tía y casi tan ridícula como ella... no tengas miedo.

En aquel momento, desde la calle llegaron los sonos de un acordeón que acompañaba una romántica canción bohemia, coreada por varias voces. Daniel se asomó a la ventana y miró hacia abajo:

—¡Ya se han enterado esos!—exclamó riendo.

—¿Quiénes?

—Los de siempre: Gustavo, Amalia, Federico, Julia... ¡Los amigos que vienen a celebrar mi éxito en la exposición! ¡Me voy con ellos!

—Bien, pero no vuelvas tarde, hijo... Mañana has de madrugar.

—Hasta mañana, mamá.

Daniel bajó las escaleras a saltos. La canción bohemia se iba haciendo más clara a medida que iba acercándose a la calle a través del embudo de madera formado por la escalera. Amalia cantaba el estribillo y los demás hacían el coro, y el acordeón, como en un lamento, acompañaba las voces de los bohemios que recibieron a Daniel con grandes muestras de júbilo, alejándose todos calle abajo, acompañando el paso al ritmo de la canción, a la que se había unido una voz más: la de Daniel.

Y, allá arriba, suspendida entre el cielo y la tierra, bajo la bóveda celeste luciente de estrellas, doña Matilde, la madre de Daniel, la simpática viejecita de cofia blanca bajo la cual asomaban las hebras de plata de su cabello que parecía hecho

con la luz de las estrellas, escuchaba morir en la lejanía el eco de aquella canción que acompañaba el triunfo de su hijo, y sonreía dulcemente, halagada por lo que bien podía ser el primer paso que le condujera a la gloria.

\*\*\*

En el gran salón del palacio del Marqués de Gueblán y ante la monumental chimenea que se alzaba en el centro de la pared principal, la servidumbre, presidida por Perrochón, miraba ansiosamente bajo la gran campana ennegrecida por el humo de los tizones, como si esperaran en un milagro inaudito que debiera hacerles ver una aparición maravillosa.

—Me parece que ya baja...—murmuró Perrochón en tono misterioso.

—¡Qué ha de bajar! —replicó Marcela, el aya, una vieja criada que vivía en el palacio desde tiempo inmemorial y se vanagloriaba de haber visto nacer a todos sus señores.

—Pues no puede quedar arriba.

—Bajará cuando nos haya marcado a todos... ¡Ernestina!... ¡Ernestinaaaaa!—llamó, ahuecando la voz que resonó en la concavidad de la chimenea.

Perrochón bajó mucho más la voz y dijo, reuniendo en torno suyo a todos los criados:

—Vamos a hacer ver que encendemos el fuego... ¡y ya veréis cómo baja!

Y alzando la voz añadió, a fin de que Ernestina pudiera oírles:

—El señor Marqués ha dado orden de encender la chimenea. ¡Qué gusto! ¡Con lo bien que arden estos troncos!...

Colocó algunos tizones en el hogar y les prendió fuego, formando un humo de mil diablos que levantó remordimientos en el alma de Marcela:

—¡Ea, basta ya! ¡Pobre hija mía! —auspiró la vieja ama—. ¡Se va a ahogar con el humo! ¡Tampoco es para tanto!

—La culpa no la tiene ella... ¡Esa niña está muy consentida!—comentó Perrochón.

—¡Cómo no va a estarlo!... Sin



un colegio... sin una profesora... sin otra compañía que los libros que le larga su tía... ¡Acabará con todos nosotros con sus ideas románticas y descabelladas!

—La señora se empeña que no salga de este palacio hasta que cumpla los veinte años y que cuando salga sea para casarse...

—Dice que así la educaron a ella —añadió uno de los criados.

—Razón de más para no haber insistido en tal sistema educativo... ¡Porque la verdad es que doña Enriqueta tiene un carácter... como para no desear la repetición! ¡Veinte años a su servicio es un castigo de los que se olvidó el Dante en su *Infierno*!

—¡Así está usted de estropeada! —rió la doncella.

—¡Usted, a su obligación! —ordenó el aya, ofendida.

Por la chimenea asomó entonces un papelito atado a un hilo que se balanceaba como un duendecillo en diablado que se burlara de todos.

—¡Qué es esto? —preguntó Perrochón intentando cogerlo, pero sin lograrlo.

—¡Un mensaje! —afirmó el aya, cogiéndolo con un manotaxo seguro.

Desdobló el papel y leyó en voz alta para que todos pudieran enterarse:

*He decidido marcharme de esta casa. No preocuparos más de mí. Me voy al País de las Maravillas, como Alicia.*

—¿No lo dije yo? —murmuró Marcela moviendo la cabeza a un lado y otro—. Los cuentos la están volviendo loca...

—Así debió de empezar su tía... ¡Ernestina!... ¡Ernestinaaaa! —gritó Perrochón, con gesto y voz resignados.

—¡Ernestinaaaa! —llamó también Marcela.

Ernestina, tiznada, sucia, andrajosa, vestida con verdaderos harapos, salía en aquel momento al tejado de la casa por el tubo de la chimenea, junto a la cual le estaban esperando Juana, la hija del guarda, y su fiel perro.

—¡Vámonos! —ordenó Ernestina, tomando a Juana de la mano, mientras con la otra soportaba un grueso paquete de libros.

—¡La señorita está desconocida! —murmuró Juana siguiendo a la chiquilla y deslizándose con ella por el tejado hasta alcanzar una de las tuberías de desagüe por la que querían bajar hasta el jardín.

—Gracias a tu vestido... Mira, traigo estos libros para pagarte lo que has hecho por mí. Son todos mis libros de cuentos. Tómalos. Es

cuanto tengo. Pronto seré princesa y entonces te pagaré con oro y pedrerías...

Penosamente, pero ágiles y sin miedo, llegaron hasta el jardín y, caminando por él a paso de lobo, llegaron hasta la tapia que lo circundaba. Ernestina trepó a un árbol para que le sirviera de atalaya y oteó el horizonte, dando un hondo suspiro en el que quiso recoger dentro de sus pulmones lo que ella llamaba "el aire de la libertad", y, de pronto, se quedó con la mirada fija en determinado punto, como si algo llamara poderosamente su atención.

A lo lejos se distinguía la silueta de un hombre que avanzaba en dirección a la casa y Ernestina le fué siguiendo con la mirada hasta que, temerosa de ser sorprendida por aquel desconocido en su espionaje, brincó nuevamente al suelo y se sentó al lado de Juana y junto al perro que no se separaba ni un instante de las dos niñas.

Cogió Ernestina uno de los libros de cuentos que había entregado a la hija del guarda y siguió leyendo el relato que desde muchos días tenían ya comenzado:

"La princesa iba a salir del palacio, cuando se oyeron los pasos de alguien que se acercaba cautelosamente..."

—¿Has oído?—indagó Juana con los ojos desmesuradamente abiertos por el miedo.

—Sí... unos pasos...

—¿Quién será?

—¿Quién sabe!... Quizá el príncipe que llega a rescatar a la princesa—replicó Ernestina que se dejaba arrebatarse siempre por su exaltada imaginación.

En la parte exterior de la tapia, Daniel Fierro, con su maletín en la mano, miraba en una y otra dirección en busca de la campana que le permitiera llamar y le franqueara la puerta, sin conseguir acertar con ella, de suerte que, decidido a entrar en casa de los marqueses de Gueblán, fuera como fuese, se dispuso a trepar por la tapia y saltar al jardín ya que no podía entrar por la puerta.

Las dos niñas, dejando de escuchar los pasos que las habían sobresaltado, fijaron de nuevo su atención en el relato del libro:

"...y arrodillándose junto a la princesa, dijo así el desconocido: Yo soy el príncipe Fierro..."

—¡Ay! — exclamó Ernestina al sentir que sobre su cabeza caía un lío de ropa arrojado por una mano invisible.

Y antes de que pudiera salir de su asombro y de su miedo, Daniel caía a sus plantas después de ha-

ber dado el salto ágil sobre la tapia del jardín.

Esta vez, la que se asustó de veras fué Juana que, creyendo en una aparición maravillosa, emprendió veloz carrera dejando sola a su amiguita a fin de que fuera ella la que se entendiera con aquella visión.

—Perdón...—murmuró Daniel mirando a aquella chiquilla andrajosa y tiznada de ollín que le miraba fijamente con una expresión de asombro, de admiración y de éxtasis.

—¡Oh!... No os marchéis... Tengo que hablaros...—murmuró Ernestina que, como Juana creía hallarse ante el príncipe encantador de todos los cuentos de hadas de los que tenía saturada su infantil imaginación.

—¿A mí?—indagó Daniel que no vivía en las nubes ni se daba cuenta de que la niña estaba suspendida en ellas.

—Sí... a vos... ¡Quieren casarme!—confesó Ernestina.

—Enhorabuena.

—Y tenéis que evitarlo.

—¿Yo?... ¡Dios me libre!

—No hay tiempo que perder... Sois vos quien debéis ayudarme... Mis dos pretendientes ya están aquí...

—No comprendo nada de lo que

estáis diciendo... Yo me llamo Daniel Fierro—dijo el muchacho que miraba a aquella niña con un poco de extrañeza y otro poco de desdén, pues se imaginaba estar ante una pordiosera con las facultades mentales un tanto extraviadas.

—¡Fierro!... ¡Ah!... ¿Veis como era verdad?... ¡Fierro, mi príncipe encantador!... ¡Sí, sí, vos sois el príncipe!...

—Bueno, sí, soy todo lo que tú quieras...—asintió Daniel, creyendo que era el mejor camino para acabar cuanto antes con la pobrecilla loca—. Pero dime por dónde se entra en la casa, porque vengo a trabajar para la señora Michot.

—¡Ella no le necesita!... Quien le necesita soy yo... Sin duda usted ha confundido el nombre...

—Vamos, chica, tú estás loca y quieres que yo también enloquezca con tus extravagancias. ¿Quién eres? ¿La hija del guarda? ¿O una vagabunda que ha saltado la tapia como yo?

Ernestina no contestaba y le miraba fijamente, con una mirada intensa y extraordinaria.

—No eres del todo fea...—murmuró Daniel, observándola atento—. Pero deberías lavarte un poco... Al principio molesta el agua... pero, poco a poco, uno se acostumbra, te



lo aseguro... Anda, dime quién eres, ¿la hija del guarda, verdad?

—¡La hija del guarda!—suspiró Ernestina con nostalgia—. ¡Ojalá lo fuera!... ¡Ah, señor Pietro, yo creí que los príncipes eran más comprensivos!... ¡Adiós!... ¡Volveremos a vernos... y entonces mediremos nuestras fuerzas!

Ernestina se alejó lentamente, seguida por la mirada compasiva y burlona al propio tiempo de Daniel que, cuando vió desaparecer a la pordiosera a lo lejos, recogió sus bártulos y se adentró en el parque en busca de la puerta de la casa.

Tuvo la fortuna de no encontrar al grupo de criados que habían salido en busca de Ernestina, ni al guarda que había salido en busca del extraño personaje que había saltado la tapia del jardín y del que le acababa de hablar su hija Juana, casi sin aliento asustada por aquella aparición.

Guarda y criados se encontraron en una de las alamedas:

—Mi hija me acaba de contar que alguien ha saltado las tapias del jardín—dijo el buen hombre, asustado a su vez por el susto de Juana, que se lo había contagiado con su relato—. ¿Le habéis visto?

—No hemos visto a nadie—contestó Perrochón—. Nosotros busca-

mos a la señorita, que ha hecho una de las suyas...

—¡Allí viene!—murmuró Marcella, descubriendo a Ernestina.

Los criados se prepararon al ataque, formaron un semicírculo que fueron estrechando en torno a la chiquilla, y al fin la cogieron entre ellos, sorprendiéndola como a una gacela que cae en la trampa.

—¡Ya está! — exclamó triunfal Perrochón.

—¡Anda, anda hacia casa y que no se entere tu tía!—amonestó la vieja aya.

—Bueno... ya voy, pero déjame... ¡Conozco bien el camino!

—Conoces el camino, pero querías huir... ¡Ibas a marcharte de viaje, ¿eh?... ¡Adónde querías ir?

—Adonde no viese las caras de ninguno de vosotros.

—Muy consentida...—gruñó Perrochón, que era el primero en consentir a aquella chiquilla caprichosa que hacía de todos unos peleles movidos únicamente por los hilos de su propia voluntad.

—Pues tu gozo, en un pozo, hijita, porque vas a ver nuestras caras mucho tiempo todavía... Y ahora, a jabonarte, que estás hecha un carbonero...

—Sí, sí, y prepárame lo mejor que tengo, porque quiero ponerme bonita, muy bonita...

—¡Consentidísima! — volvió a gruñir Perrochón, sonriendo ya ante la idea de ver a la señorita hecha un pimpollo en cuanto estuvie-

ra lavada y acicalada, porque había que ver a la criatura, con lo bonita que era, cuando ella se empeñaba en serlo aún más...

\*\*\*

La señora de Michot estaba en su cuarto acicalándose. Esperaba al escultor y quería aparecer a sus ojos como una mujer seductora, aunque la edad de la seducción estuviera ya lejana. Se miraba al espejo complacida, se adornaba con flores y encajes y daba unas vueltas por la habitación para ver, de soslayo, el efecto que su imagen producía vista un poquito de lejos. Estaba contenta. Así, bajo la luz tamizada por las cortinillas, y, a una conveniente distancia, aun producía efecto. Todavía se podía decir de ella que era una mujer guapa. Y esto halagaba a la señora de Michot.

—Señora... la sombrerera — dijo la doncella, entrando después de haberse anunciado con unos golpecillos dados en la puerta.

—¡Por fin!... ¡Ya era hora! — exclamó la de Michot con alegría, avanzando hacia la doncella, que venía cargada con varias cajas de sombreros—. A ver, a ver qué me mandan...

Sacó uno de los sombreros, lo contempló con una expresión furiosa y gritó hecha un energúmeno:

—¡Es horroroso! ¡Ya le dije que no quería esto, de ninguna manera!... Esa maldita mujer está empeñada en echarme años encima... Aunque sea la mejor sombrerera de París no pienso olvidar esta injuria. ¡Mandarme sombreros de anciana a mí... y todo porque dice que soy viuda... sin darse cuenta de que puede haber viudas... que no lo parecen... por lo bien conservadas que están... ¿Es que querrá hacerme creer que yo tengo cincuenta años?

—¡Habladurías, señora! — replicó la doncella, disimulando una sonrisa, pues no era un secreto para nadie la edad de la señora Michot, ya que el aya Marcela casi la había visto nacer—. Quizá la modista podrá arreglárselos y rejuvenecerlos...

—¡Jamás!... Nunca volveré a ir a esa modista. No quiero verla más... ¡ni en la otra vida!... Por no nece-



sitarla, soy capaz de cortarme la cabeza... después de todo, para lo que sirve... no vale más que para tener preocupaciones y disgustos y sufrir la jaqueca que estoy sufriendo hoy... ¡Ay, Dios mío, qué dolor de cabeza tengo tan fuerte! Ve a ver quién llama — añadió, oyendo que golpeaban la puerta con los nudillos.

Era Perrochón que venía con el aire preocupado.

—Dile a la señora que acabamos de sorprender en un pasillo a un desconocido... con una maleta llena de instrumentos para desvalijar la casa...

—¡Señora, señora... un ladrón!— dijo la doncella, asustadísima.

—Que vuelva otro día, que estoy con jaqueca—replicó la de Michot, que no se daba cuenta de lo que le decían, porque la había disgustado muchísimo la cuestión sombrero.

—¡Que es un ladrón, señora!— insistió la doncella—. Lo han cogido en un pasillo.

—¿En un pasillo? ¿Quién dices que es? ¿Por qué le han dejado en un pasillo?

—Señora... es un hombre... que viene a robar, sin duda alguna.

—¿Se lo han preguntado?

—¡Señora!...

—Pues si no se lo han preguntado, ¿cómo sabéis que viene a ro-

bar? Que le pregunten qué quiere.

—¡Está hoy como una cabra!— murmuró la doncella al oído de Perrochón.

—Dice que es artista y se niega a dar más explicaciones—dijo Perrochón.

—¡Ah, un artista!— exclamó la de Michot cambiando por completo de expresión, olvidando de pronto sus problemas, sus disgustos, sus años, sus sombreros y hasta su jaqueca, y pensando sólo en Daniel, porque forzosamente había de ser él, el artista, el maravilloso escultor que ella había descubierto.

Se acercó al espejo, se contempló un rato, se arregló los bucles, se marcó los pliegues de la falda, ahuecó el corpiño y dijo, mientras seguía contemplándose arrobada:

—Que le conduzcan inmediatamente a la habitación de los huéspedes ilustres y que esté atento a la campana del almuerzo. Que se le trate con todos los respetos y todos los honores. Y ahora prepárame el traje malva y tráeme rosas recién cortadas, rosas rojas, color de fuego, que son las que sientan mejor a mi cutia...

—¿Se le pasó la jaqueca a la señora?—preguntó la doncella, mirándola extrañada del súbito cambio.

—¿Qué jaqueca?

—Esa que tenía la señora.

—¡Ah!., ¿Tenía yo jaqueta?... Pues la he perdido... Lo dejaremos para más tarde. Ahora vete por las rosas..

La doncella salió a cumplir la orden, mientras Perrochón iba también a dar la libertad a aquel ladrón al que, por orden de la señora, debían tratar con todos los respetos y todos los honores.

—Soldado — dijo a los criados que le tenían sujeto —, es orden de la señora. Podéis retiraros.

Los criados recogieron del suelo todos los instrumentos que estaban esparcidos por él y que ellos habían tomado por útiles de robo y no instrumentos de artista, y los colocaron en el maletín que Perrochón tomó en sus manos, saludando con prosopopeya a Daniel e invitándole a subir la monumental escalera del palacio.

Le acompañó hasta la habitación de los huéspedes ilustres, amueblada con lujo y riqueza al estilo medioeval. La cama se alzaba en el centro de la amplísima estancia, destacándose inmensa con sus cuatro grandes columnas salomónicas que sostenían un imponente dosel de damasco bordado de oro.

Daniel miró en torno suyo con sorpresa y Perrochón, con el mayor respeto, le dijo, después de haber

colocado el mísero maletín sobre una consola de colosales proporciones y de inaudita riqueza:

—La señora ha dicho que cuando el señor oiga la señal del almuerzo, que baje al comedor.

—¿Y qué señal es esa?

—El toque de una campana. Sueña muy bien. Perteneció a los benedictinos de Solcanos.

—¿Y la cama, dónde está?—inquirió Daniel, mirando en torno suyo.

—Vedla, señor.

—¿Esto es...? ¡Si yo creí que era el panteón de la familia!

—En esta cama durmió el Mariscal Ney antes de los Cien días.

—¡Ah!—auspiró Daniel, que no sabía muy bien quien pudiera ser tan ilustre personaje, porque él se había dedicado al Arte y no a la Historia.

—Vea el señor todos los personajes ilustres que han pisado esta cámara—añadió Perrochón acercándose a un monumental escritorio y abriendo un no menos monumental libro encuadernado en pergamino.

Daniel se acercó también y leyó:

—Ney... Alejandro Dumas... Victor Hugo... ¿Y... yo también tengo que firmar?—preguntó, con una leve ironía.

Perrochón permaneció rígido y mudo, porque no era él quien para

juagar de la importancia de aquel mequetrefe al que él había tomado por un ladrón y al que la señora dispensaba tan gran honor.

Daniel tuvo una idea maligna, se inclinó sobre el álbum y, sin que el criado pudiera ver lo que escribía, firmó:

"Napoleón Bonaparte."

—¿Desea algo más el señor?—interrogó Perrochón, inclinándose con severa reverencia.

—Nada, puede retirarse.

Daniel, al quedarse solo, se sintió dichoso como un niño al que han dado el juguete más codiciado. Estaba contento de sus andanzas. Todo aquello parecía un sueño, una cosa para ser contada en un libro de maravillas, algo extraordinario y excepcional, que jamás se hubiera atrevido a imaginar, y, dando un salto, se puso de pie sobre la cama que parecía un mausoleo, y brincó en ella rebotando en sus muelles como un equilibrista en la cuerda floja.

Mientras aquello ocurría en palacio, en las habitaciones de Ernestina, el aya amonestaba severamente a la niña mientras atendía atenta a su tocado:

—Debes acabar ya con todas esas locuras... ¿O es que imaginas que siempre vas a ser una niña?

—Eso es lo que creéis vosotros,

que no soy más que una niña... ¡Yo hace tiempo que he dejado de creerlo!—afirmó Ernestina, muy seria.

—Pues mucho tienes que cambiar para que nos convenzamos de ello. Ahora debes ya elegir entre tus dos pretendientes, entre los dos partidos que te proporcionan tu padre y tu tía.

—¡Valientes tipos!

—¿Qué frases son esas?... ¡Ten más respeto, niña!... Aunque la verdad es que... hay proporciones que ya, ya... Pero hay que desengañarse, los príncipes en que tu sueñas no existen más que en los libros.

—¿Por qué me los dais a leer, entonces?... ¡Menos mal que ya no pienso leer nunca más libros de cuentos! ¡Ya soy una mujer!... Pero debo decirte que, en cuanto a los príncipes, yo sé muy bien que los hay de carne y hueso... ¡Estoy segura de ello, muy segura!...

Marcela hizo un gesto vago, y Ernestina se quedó soñadora, mirándose al espejo, pero sin ver su rostro, sino viendo el de aquel apuesto galán que había saltado la tapia del jardín y había caído rendido a sus pies... ¡y que se llamaba Pierro, como el príncipe del cuento que estaba leyendo!

El "príncipe" brincaba sobre la cama monumental, ajeno a la fantasmagoría de la imaginación in-



fantil, mientras en el salón de billar, los dos pretendientes de Ernestina, el patrocinado por el Marqués de Gueblán y el patrocinado por su hermana, la señora de Michot, jugaban una partida con el campechano Marqués, que quería estudiar a sus dos posibles yernos de cerca, para ver mejor sus cualidades y sus defectos. Lefebur era el candidato que él proponía; era un tipo vulgarote, alto, gordo, bonachón; tenía la carrera de abogado, que había abrazado por tradición, ya que descendía de una familia de abogados que se habían hecho célebres por sus pleitos famosos; tenía dinero, amasado por el trabajo de sus antepasados; era gran espadachín y necesitaba casarse con Ernestina para reforrar más su fortuna y emparentar con una aristocracia de la que siempre había sido desterrado por no ser más que un burgués de la clase media al que no se aceptaba en los salones del gran mundo. De Marsal era el candidato presentado por la señora de Michot y era la antítesis de su rival: delgado, pálido, rubio, delicado, muy fin de raza, ostentaba el título de vizconde de De Marsal; pero no tenía un céntimo y, aunque era recibido en todos los salones de la aristocracia, por pertenecer a una de las familias de más rancio

abolengo, tenía que abstenerse muchas veces de alternar por miedo a que sus acreedores le hicieran pasar un bochorno en cualquier momento dado; había viajado bastante y hablaba de todo con un desdén aristocrático, como si estuviera a la vuelta de todo y la vida no le ofreciera atractivos; él también necesitaba casarse con Ernestina para circundar de oro los cuarteles de su escudo nobiliario.

De Marsal y Lefebur se odiaban cordialmente, puesto que uno y otro mariposeaban en torno a la luz dorada de los millones de Ernestina y sabían perfectamente que uno de los dos debía quemarse las alas en aquella lámpara para ver triunfar al otro.

El Marqués de Gueblán prefería al abogado, porque veía en él un colaborador para sus negocios, algo oscuros en muchas ocasiones; la señora de Michot prefería al Vizconde, porque en él encontraba la venganza de su apellido vulgarísimo de señora casada: aquel nombre plebeyo de "Michot" que toda la vida tenía que llevar como una ofensa, pero que se había visto obligada a aceptar en su juventud, porque representaba un buen ingreso en las arcas familiares de los de Gueblán.

Jugaba el Marqués con acierto

admirable, mientras los dos rivales se lanzaban miradas de odio a través de la mesa de billar, y el buen tirador de carambolas iba contando en voz alta los tantos que se apuntaba:

—Ciento siete... ciento ocho... ciento nueve...

—¡Increíble! — exclamó Lefebur ante una carambola maravillosa que el Marqués había logrado hacer con una naturalidad sorprendente.

—¡Inaudito! — corroboró De Marsal.

—¿Y tiene usted la misma mano para hacer quesos, Marqués? — preguntó Lefebur con una leve ironía.

—¡Los quesos los hago mucho mejor! — afirmó el Marqués con su expresión de triunfo habitual—. Y ahora, ya que la campana nos llama a ello, si ustedes quieren, vamos a almorzar...

—Vamos.

Ninguno de los tres se había dado cuenta de que Daniel había entrado en la sala de billar, y, creyendo ver en aquella sombra a uno de los criados, cada uno de ellos le entregó el taco que tenía en la mano. Daniel les miró sorprendido y, oyendo el segundo toque de la campana, los dejó caer al suelo y se precipitó a la puerta, porque sentía un hambre feroz.

En la mesa se encontraron todos

los huéspedes de la casa Gueblán, presididos por los dueños del palacio: allí estaban Dafne, una antigua amiga de la señora de Michot, muy aficionada a las cartas; Lefebur; De Marsal; el Barón; el viejo abate; el Conde y la Condesa de Evian; el cronista de sociedad que se firmaba con el seudónimo de "Morfeo" y algún otro invitado de menor categoría en el que nadie se fijaba.

A la derecha de la señora de Michot se había sentado Daniel, a una indicación de la dama; Ernestina estaba entre sus dos adoradores.

Esta no probaba bocado de ninguno de los platos que el criado servía en torno a la mesa y los dos pretendientes, para estar más a tono con su "amada", fingían no tener apetito, aunque lanzaban ávidas miradas a aquellas viandas sabrosamente condimentadas que despedían un olorillo apetitoso e incitante al que debían vencer a fuerza de voluntad.

—¿Tampoco come usted pollo? — preguntó Dafne, que estaba sentada junto a Lefebur.

—No... no tengo apetito... Desde que vine estoy algo desganado — contestó el grueso abogado, haciendo un esfuerzo sobrehumano por no caer en la tentación y engullir un buen cuarto de aquel pollo que des-



pedía un delicioso perfume capaz de despertar el apetito a un muerto.

—¿Y usted, Vizconde, tampoco come pollo?

—Yo siempre he comido muy poco—contestó el "Vizconde rubio de los madrigales..." con un aire lánguido y displicente—. Como lo indispensable para vivir...

Daniel no se daba cuenta de nada de lo que pasaba en torno a la mesa. Hacía muchos años, muchos, seguramente tantos como los que él contaba, que no había visto una mesa tan bien servida ni había comido jamás cosas tan delicadas ni en tanta abundancia. ¡Con lo que se alimentaban él y su madre, Dios santo... si casi comían menos que un pajarito! Por eso hoy, Daniel, absorto en la dulcísima tarea de devorar cuanto le ponían delante, no se daba cuenta de nada de lo que ocurría a su alrededor.

—Sírvase, Daniel, sírvase, como si estuviera en su casa...—insistía la de Michot como si no se diese cuenta de la cantidad de alimentos que Daniel devoraba.

—¡Oh, señora, en mi casa como muchísimo menos!—contestó el muchacho con toda su ingenuidad.

La presencia de Daniel había despertado la curiosidad entre todos los comensales.

—¿Quién es ese muchacho?—

preguntó De Marsal al oído del Barón, que estaba sentado a su lado.

—¡Ay amigo mío!... Yo soy el último en enterarme de las cosas de esta casa. Sólo sé la versión de Perrochón.

—¿Qué ha dicho?

—Que le han visto saltar las tapias: que le cogieron cuando trataba de ocultarse con un instrumental del oficio...—dijo el Barón, haciendo un significativo ademán de robo—y que mi prima ordenó que le diesen la habitación de los huéspedes ilustres... ¡La locura, amigo mío, la locura!

La señora de Michot explicaba en aquel momento, con una entonación que no admitía réplica:

—La mayoría de los grandes artistas procede del campo, porque el campo es la fuente inagotable de la inspiración... Pero, es curioso... luego todos se quedan en la ciudad y es cuando se labran un nombre... De suerte que más bien habría que creer que la gran inspiradora es la ciudad...

—Así, usted, joven, ¿viene del campo?—interrogó el Marqués de Gueblán dirigiéndose a Daniel.

—Sí, señor—replicó éste con la boca llena.

—Pertenece a una familia de ricos hacendados—explicó la de Mi-

shot rápidamente, inventando con su portentosa imaginación.

—¡No, no, qué disparate!—corrigió Daniel—. Mi familia es modestísima. Mi padre fué cosechero sin viñas, y yo colegial sin libros... A los quince años tiraba piedras como un hombrecito a la cabeza de mis compañeros. A los veinte, el maestro descubrió en mí aficiones artísticas, convenció al cura, el cura al alcalde, y el Ayuntamiento consiguió mis primeras pensiones en Grecia y en Roma.

—Su historia no justifica que se sienta entre nosotros... ¡El mundo se acaba!—dijo en voz baja el Vizconde de Marsal, sintiéndose humillado por la presencia del artista.

—¡Y todo por los histerismos ridículos de mi señora prima—comentó el Barón, que no podía acomodarse a las "avanzadas" ideas de sus parientes.

—¡Oh, el arte, el arte!... ¡Miguel Ángel!... ¡El Partenón!... —suspiraba la señora de Michot haciendo grandes gestos exagerados y mohines de niña romántica, que ridiculizaban su persona—Daniel, hablemos de Grecia, del Partenón...

—Sí, sí... el Partenón... ¡Está riquísimo!—murmuró Daniel que había hincado el diente en un muslo de pollo.

—¿Qué dice? —gruñó la Condesa.

—¡Que el Partenón está riquísimo!—afirmó Daniel, que ya no sabía lo que decía.

La Condesa dejó de atender a Daniel y se dirigió a su vecino de la izquierda, el cronista de sociedad, al que preguntó:

—¿Cómo fué el firmarse "Morfeo" en sus crónicas?

—Me llamó así la gente por mi especialidad de dormirme en todos los salones.

—¡Ah, usted es de los míos!—afirmó el Conde con un hondo suspiro de satisfacción—. Yo empecé durmiéndome en las visitas después en la Opera y ahora me duermo en todas partes... ¡hasta en la cama!...

La señora de Michot estaba atenta única y exclusivamente en su escultor, en su descubrimiento, en su artista:

—Daniel es un gran escultor, un escultor de cuerpo entero —afirmaba.

—Por fortuna la estirpe de los artistas no se extingue —comentó el abate, que era hombre de escasas palabras.

—Yo no tenía más desco que tener un artista en esta casa—dijo el Marqués de Gueblán—para que seleccionara las obras de arte que te-

nemos. Yo no puedo ocuparme en distinguir lo bueno de lo malo; sólo tengo tiempo de vigilar la fabricación de los quesos, la marcha de las trilladoras en los campos y la producción pecuaria de mis haciendas... Por eso quisiera que el señor hiciera un repaso de todas nuestras obras de arte y nos dijera su opinión.

—Con mucho gusto—afirmó Daniel—. ¿Podré hablar con toda sinceridad? —inquirió, porque había visto ya más de una cosa que había herido su sensibilidad artística.

—¿Desde luego!... De otro modo no le pediría su opinión... Después del café nos ocuparemos de ello.

En la cocina se comentaba por los criados, vivamente, lo que ocurría en el comedor durante el almuerzo:

—La señorita Ernestina no ha despegado los labios en toda la comida—explicaba uno de los criados.

—Esta vez tiene toda la razón. ¡La han sentado entre sus dos pretendientes!

—¿Está condenada a uno de los dos, la pobrecilla!

—¿Pobrecilla?... ¡Ya quisiera yo una condena así!—suspiró la pincha, poniendo los ojos en blanco.

—Yo apuesto por el señor Lefebur.

—Ganará el Vizconde. Puede más la señora... ¡Y yo también lo prefiero! ¡Es tan rubio y tan delicado!...—murmuró la doncella, que era la aristócrata de la cocina.

—¿Le conoce?

—Sí. Le vi cuando llegaron los invitados. El señor Lefebur es gordo y feo como un orangután y, en cambio, el señor De Marsal es elegantísimo... Aunque el señor Lefebur, como es abogado, es más comunicativo. Esta mañana me ha llamado ninfa...

—¡Ay, ninfa, qué risa!... ¿Y qué quiere decir esto? —preguntó la pincha, soltando una gran carcajada.

La entrada de Perrochón, que era el ogro de los criados, puso fin a los comentarios.

Terminado el café, el Marqués de Gueblán cogió a Daniel por su cuenta y le fué mostrando las diversas obras de arte que tenía colocadas en todos los rincones de la casa, y en las vitrinas, y sobre las consolas, invadiéndolo todo en una mezcla incoherente.

—¿Qué le parece esta Penélope? —le preguntó.

—¡La obra maestra de la escultura moderna—afirmó Daniel con sincera admiración.

—¿Por qué?

—Porque sí... El Arte no tiene



explicación... En cambio, ésta, es de un burro...

—¿Si es de Pratel!

—¿No lo dije?... ¡De un burro!—aseguró Daniel, imperturbable.

—¿Y qué tiene que decir de esta escultura que es una pieza única?

—preguntó el Marqués mostrando una porcelana complicadísima y de un mal gusto muy ostensible.

—Que... efectivamente, es única... ¡no puede haber otra tan fea en el mundo! ¡No tenga en su casa este mamarracho, se lo aconsejo!... ¡Ea, se acabó! — exclamó Daniel, lanzando la porcelana contra el suelo donde quedó hecha añicos.

—¿Esto es inaudito!—exclamó el Barón, indignado.

—¿Qué temperamento! — suspiró la de Michot, embelesada ante el gesto de su escultor.

—¡Bien, pues vamos a tener todos temperamento y empecemos a romperlo todo!

—Pero, papá...—intervino Ernestina—, ¿no fuiste tú quien le pidió que seleccionara tus esculturas?

—Sí... ciertamente... pero...

—Y además nos lo habían regalado los Granmont—comentó la de Michot, un poco desconcertada.

—¿Alégrese, amiga mía!—exclamó Dafne que acababa de consultar sus cartas—. Todo lo de los Granmont trae mala suerte...

El Marqués condujo a Daniel ante su propia escultura, el "Naufragio de Don Juan", y le dijo:

—Y he aquí nuestra última adquisición... ¿qué le parece?

—Mediano... muy mediano... una cosa vacía, sin espíritu...—afirmó Daniel, después de haber lanzado una rápida mirada a la escultura.

—¿Pero cómo puede hablar así?... ¿No es suyo este trabajo?

—Porque es mío puedo hablar así... ¡Si sabré yo lo malo que es!—rió Daniel, que nunca había querido presentar en ninguna exposición aquella escultura, por estar convencido de que era una cosa sumamente mediocre.

Todos rieron la gracia del artista y éste pensó que la estulticia de la gente era la base de muchos triunfos incomprensibles.



Ernestina, cogiendo de la mano a su amiga y gran compañera Juana, entró despacio en el cuarto que servía de estudio a Daniel Fierro y en el que, sobre un alto taburete de madera, se hallaba el busto que estaba cincelando y que debía reproducir fielmente a la señora de Michot.

—Ven... vas a ver... Te enseñaré a mi tía convertida en momia egipcia—dijo con voz queda, yendo directamente hacia el busto y comenzando a quitar los paños húmedos que lo cubrían, como si realmente fuera a descubrir un extraño tesoro.

El busto estaba a penas iniciado pero ya dejaba ver la forma de la cabeza del modelo y las facciones más sobresalientes.

—¿Ves?—añadió la chiquilla—, cada día se parece más a mi tía... ¡Es maravilloso lo que hace él de un pedazo de barro!...

Las dos chiquillas se quedaron extasiadas mirando aquello que para ellas resultaba poco menos que incomprensible, pero el ruido de unos pasos que se escucharon en el pasillo las sobresaltó y corrieron a esconderse donde encontraron co-

biño: Juana en el armario y Ernestina en el gran arcón, cuya tapa sostuvo levemente abierta para espiar todos los movimientos del que llegaba a interrumpir su contemplación.

Daniel, despreocupado, canturreando dichoso y contento por aquella vida que estaba llevando en casa de los Marqueses de Gueblán, entró en el cuarto y se quedó un poco sorprendido al ver echados por el suelo los paños que cubrían el busto en barro de la señora de Michot y éste totalmente descubierto. Creyó que el aire había cometido aquel desaguisado, fué al armario, lo abrió con calma, produciendo con ello un gran sobresalto en el corazón de Juana que se arrinconó aún más en la mitad del armario que Daniel dejó con la puerta cerrada, tomó el pulverizador, roció copiosamente el bloque que estaba modelado, lo cubrió de nuevo con los trapos con sumo cuidado, volvió a guardar en el armario el pulverizador, sin darse cuenta en absoluto de la presencia de la niña en él, y cerró con llave la puerta.

Ernestina, que había observado todas aquellas manipulaciones, sin-

tió una angustia infinita al ver que la pobre Juana quedaba allí encerrada, y siguió observando por la diminuta rendija que ofrecía la tapa del arcón, sostenida por ella con toda la malicia a fin de no perder detalle de cuanto hiciera el artista.

Unos golpecitos soparon en la puerta del pasillo y Daniel, que se bufa atareado en sus cosas, dijo:

—¡Adelante!

Entró Lefebur, el abogado patrocinado por el Marqués que pretendía la mano de Ernestina.

—Vengo a molestarle unos momentos... Necesitaba hablar con usted para un asunto que me afecta bastante—dijo Lefebur después de haber saludado fríamente al artista.

—Usted dirá.

—Comenzaré por decirle que desconfío de los hombres que entran en las casas saltando por las tapias.

—No me extraña... De ellos desconfía usted... y todo el mundo—replicó Daniel con sorna, burlándose del letrado.

—Bien, estamos de acuerdo. Así puedo seguir poniendo en claro mi opinión: usted no es escultor.

—¡No me diga!...

—Usted viene a conquistar a la rica heredera de la casa, eso es; y yo vengo a convencerle a usted de lo ridículo de su pretensión. El

Vixconde y yo pretendemos a la chica, y estamos en mejores condiciones que usted para obtener un resultado apetecible. Yo cuento con el apoyo del Marqués, hombre moderno que conoce la importancia que tienen en la vida el talento y el bufete acreditado... lo cual quiere decir que no consentiré que nadie se interponga en mi camino.

—¡Hace usted bien... qué diablo!—exclamó Daniel, que no deponía su tono de chunga.

—Así... ¿también en esto estamos de acuerdo?

—Completamente.

—Y... ¿abandonará usted el campo?

—Ante su elocuencia, ¿quién podría resistirse?

—Bien, pues no hablemos más de esto y ahora le diré que siempre me ha parecido usted una persona inteligente. Voy a mi habitual ejercicio. ¿Tira a espada, amigo mío?

—preguntó Lefebur con entonación enfática, mirando con desdén a aquel muchacho a quien despreciaba desde su corpulencia física y de lo que él creía su fuerza moral.

—Algo...—replicó Daniel sin dar importancia al asunto.

—¡Es mi pasión favorita!—afirmó Lefebur—. Me doctoré en Lócés.

—Yo aprendí en mi estudio con





El estudio de Daniel Fierro era una de esas bohordillas parisinas...



—No importa... quiero que me salpique usted de gloria...



Ernestina, fignoda, sucia, andrajosa, salió al tejado por el tubo de la chimenea.



—Perdón—murmuró Daniel mirando a aquella chiquilla andrajosa y fignoda de ollín que le miraba fijamente con una expresión de asombro, de admiración y de éxtasis.



Los criados la detuvieron sorprendiéndola como a gacela que cae en la trampa.



En la mesa se encontraron todos los huéspedes de la casa Gueblón.





Ernestina, sentada entre sus dos adoradores, no probaba bocado



—No tengo apetito—dijo el gordo abogado haciendo un esfuerzo por no caer en la tentación de engullir aquel cuerno de pella...



El marqués de Gueblón fué mostrando a Daniel las diversas obras de arte que tenía colocadas en vitrinas y consolas.



Ernestina se escondió en el gran arcón: cuya tapa sostuvo levemente abierta.



En la sala de armas Tejebur y Daniel, con sus coreías, espada en mano, comenzaron el asalto...



—Tenga la bondad de mirar la punta de la espada—dijo Daniel con indiferencia, como si no le atañera la cuestión.





El busto de la señora Michot iba tomando relieve



Ernestina se arrojó a los brazos de su hijo



Como había prometido Daniel trabajaba aquel día ante los huéspedes del palacio.



—Mi querido artista... le tendré a usted como sobrino ya que no ha podido ser otra cosa...

Gustavo... Como ve, no somos de la misma escuela—replicó Daniel, siempre con el tonillo de mofa que Lefebur no acertaba a captar, porque estaba demasiado encastillado en su propio valer para darse cuenta de lo que valían los demás.

—¿Quiere medirse conmigo?... No conozco su escuela... pero le concederé ventaja... ¿Vamos?

—Vamos—contestó con perfecta calma Daniel.

Y los dos salieron de la habitación.

Juana, que había escuchado el golpe dado en la puerta por los que salían, comenzó a llamar desde el armario y Ernestina, saliendo de su escondrijo, corrió a abrirle y darle la libertad.

—¿Has oído lo que han dicho?—preguntó Ernestina que estaba encendida por la emoción de toda aquella aventura que estaba corriendo.

—Ni una palabra... ¡Estaba ahogándome ahí dentro!

—Yo lo he oído todo... ¡Si vieras lo bien que ha estado hablando con ese ogro!

—¿Pero ha vencido el Príncipe?

—¿Qué Príncipe? ¡Si Daniel es un hombre de carne y hueso!

—Eso sí que no lo creo—replicó Juana con presteza—. Es el Príncipe Fierro. Tú misma me lo has

dicho y en los libros que me diste está bien claro. Los he leído muchas veces. Lo de escultor es para despistar, pero ya verás el chasco que se llevan todos cuando aparezca con su manto de armiño, repartiendo monedas de oro...

—Sí, puede que tengas razón...—murmuró Ernestina como si se sumiera en un sueño, pensando que también ella creía en todas aquellas cosas cuando no hacía más que leer cuentos, pero que ahora encontraba mucho más bella la realidad—. Sigue, sigue leyendo y soñando; Juana, pero déjame a mí que cuide de él... para que no le pase nada malo... ¿sabes?

En la sala de armas, Lefebur y Daniel, con sus caretas, espada en mano, prestos al ataque, comenzaron el asalto. Lefebur se daba con alma y vida al juego, mientras que Daniel manejaba con tranquila serenidad su espada, paraba los golpes, se lanzaba al ataque, tiraba con precisión y se batía con una dignidad de caballero medieval.

—¡Tocado!—gritó Lefebur victoriosamente tras un espacio de tiempo durante el cual no se había escuchado más que el chocar de los foretes en el aire.

—Yo juraría que no... pero en fin...—sigamos—dijo a su vez Daniel, que tenía la plena convicción



de que no había sido tocado por su adversario.

—¿Que no?... ¡Toma!... ¡Toma!... ¡Esta no vale...! No contaremos ésta!...—gritó de nuevo Lefebur atacando furioso a Daniel.

Y luego, quitándose la careta, añadió:

—¡Alto!... Necesito respirar breves momentos... El juego me ha fatigado...

Dejó el florete sobre una mesa y se secó el sudor que bañaba copiosamente su rostro. Parecía que por él manaba toda la grasa acumulada en su cuerpo de obeso.

Daniel, tranquilo, sin fatiga alguna, capaz de resistir otros cien ataques como el que acababa de tener lugar, se acercó también a la mesa y examinó el florete de su adversario. Viendo que éste estaba en el rincón opuesto de la sala de armas, bebiendo un refresco, disimuladamente, quitó el botón que cubría la punta de la espada, dejándola de nuevo en su sitio después de decir, como si no diera importancia alguna a ninguna de sus palabras:

—El acero es de temple magnífico y el filo perfecto... Con estos floretes podría atravesarse lindamente de parte a parte el cuerpo del enemigo, si no estuvieran resguardados por el botón... ¡Magní-

fico!... Gracias a este botoncito, señor Lefebur, no ha podido usted pasarme de parte a parte el corazón... Ahora que ya conozco bien su manera de tirar... ¡quiero que sigamos jugando?

—¡Dispuesto!

Lefebur cogió el florete sin mirarlo, dió un salto ágil y se puso en guardia, después de haberse colocado la careta. El combate comenzó de nuevo más encarnizado todavía, lanzándose Lefebur al ataque con una saña que parecía estar luchando contra cien adversarios en lugar de estar jugando pacíficamente con un hombre que casi le era desconocido.

En la excitación del juego ninguno de los dos combatientes se dió cuenta de que Ernestina estaba con cautela en la sala de armas y quedaba agazapada tras una columna observando con atención todos los acontecimientos que iban desarrollándose.

—¡Tocado!... ¡Tocado!... ¡Tocado!...—gritaba Lefebur a cada momento, lanzando a diestra y siniestra sus golpes.

Y creyéndose victorioso, se quitó la careta, se enfrentó con Daniel y le dijo con orgullo:

—¿Qué le parece, amigo mío?... ¿Cuál de las dos escuelas resulta la mejor?

—Creo, señor Lefebur, que soy yo quien le ha vencido a usted—replicó Daniel con la mayor naturalidad.

—¿Cómo!... ¿Qué dice?... ¿No le he tocado cuantas veces he querido?

—Se equivoca usted, caballero—replicó Daniel, poniéndose serio.

—¿Le ha dado en mitad del pecho!—aseguró Lefebur con altivez.

—¿Está usted seguro?

—¡Segurísimo!

—Entonces... ¿cómo es que estoy vivo?...

Lefebur le miró asombrado, sin comprender qué era lo que quería insinuar.

—Tenga la bondad de mirar la punta de la espada—dijo Daniel, con indiferencia, como si no le atañera a él la cuestión.

Lefebur miró la punta de la espada y vió que estaba descubierta. En su rostro se reflejó la ira y la decepción, el coraje que le producía verse humillado por aquel individuo al que había querido humillar.

—Ha sido una broma terrible...—musitó... ¡Se ha expuesto usted a que le matara!

—Ya ve como no—sonrió Daniel.

—Voy a calmar mis nervios... Ha logrado usted desequilibrármelos...

Tengo la certeza de que no volveremos a tirar juntos jamás...

Lefebur se encaminó rápidamente a la puerta y desapareció tras ella. Daniel, sin dejar de sonreír, compuso un poco su indumentaria, encendió la pipa y comenzó a fumar tranquilamente.

Ernestina salió de su escondrijo y corrió a Daniel preguntándole con sobresaltada vehemencia:

—¿Estáis vivo de verdad?... ¿No os pasa nada?... ¡Oh, no volváis a hacer esto nunca, nunca!...

—¿Y tú quién eres para dar consejos, vamos a ver?—preguntó Daniel, mirando muy divertido a aquella chiquilla que se tomaba las cosas tan a pecho.

—Soy vuestra hada protectora en esta casa plagada de enemigos...

—¿Es la primera noticia!... ¿Tú crees que yo necesito protección?

—Sí... El señor Lefebur no os perdonará nunca que le hayáis vencido... ¡Ah, exponéis vuestra vida como un mosquetero!... ¡Sois el verdadero D'Artagnan!

—Pero... ¿tú lees esas cosas?

—¡Claro que sí!... Pero no me descubrías... Desde hace días traspaso todos los cuentos de hadas que me dan... y leo los libros que leen las personas mayores, porque yo ya soy una persona mayor...

—¡Ah!... ¿Y qué libros son esos?  
¿No vas a decírmelo?

—Ahora no... Debo marcharme...  
Tengo una reunión de genios y ha-  
das...

—¿Y de mosqueteros también?...  
Ernestina no contestó, porque ya  
se había alejado corriendo, y Da-  
niel, viendo entrar en la sala de ar-  
mas a Perrochón, el buen mayor-  
domo del palacio, le dijo:

—Veo que en esta casa todos dis-  
frutan de un magnífico buen hu-  
mor, ¿verdad?... ¡Consecuencia de

no tener que trabajar para vivir!...

—No lo crea el señor. Aquí todos  
trabajan. El señor Marqués trabaja  
en sus negocios. La señora de Mi-  
chot no para un momento. En cuan-  
to a la señorita... ¡Ah, este es un  
caso especial!... ¡Pobre niña!... ¡No  
dice nada, pero que me coma el  
lobo si tampoco piensa algo!...

—No se preocupe por ella! Las  
mujeres cambian de la noche a la  
mañana—aseguró Daniel, como si  
tuviera gran experiencia.

Y los dos hombres se rieron co-  
mo si se hubieran comprendido.

\*\*\*

Lefebur se paseaba rabiosamente  
en el parque cuando pasó junto a  
él un tálburi guiado por el señor  
Marqués que hizo detener al caba-  
llo para saludar a su huésped:

—¿Cómo va, mi querido Lefe-  
bur?

—Mal, rematadamente mal—con-  
testó éste con un humor de todos  
los demonios.

—¿Qué le ocurre?

—Necesito hablar con usted y  
que puntalicemos.

—Bien. Súbase al coche. Voy a  
mi fábrica y hablaremos allí. Le  
sentará bien el paseito.

Lefebur, con grandes esfuerzos,

trepó, se sentó junto al Marqués,  
dió éste rienda suelta a su caballo  
y partieron a un trote largo, per-  
diéndose pronto en la lejanía de la  
alameda.

No tardaron en llegar a lo que  
el Marqués llamaba pomposamente  
"su fábrica", y que era un edificio  
pequeño y rústico dentro del cual  
trabajaban unas docenas de obreras  
en la fabricación de los célebres  
quesos.

Saltó el Marqués con un brinco  
ágil que no delataba sus años, mien-  
tras Lefebur descendía con las mis-  
mas penalidades que había pasado  
para subir, dada su corpulencia y



su falta de costumbre en los ejercicios de salto, y los dos se internaron en el edificio mientras un obrero cuidaba del ridículo cochecito.

El Marqués fué mostrando a Lefebur los distintos departamentos de la fábrica, y con el mismo orgullo con que hubiera podido mostrar su colección de caballos de pura sangre, fué enseñando todos los aparatos y utensilios empleados para la fabricación de quesos y mantecas, lo más adelantado de la industria en aquella época.

—Esta no es más que una de mis actividades—decía el Marqués—. Mis quesos inundan la región. Esta muchacha nos dará a probar un poco.

—Es una chica muy guapa—comentó Lefebur, quedándose con el pedazo de queso en la mano y contemplando extasiado a la chica, que se incendió en rubor ante aquella mirada.

—Coma, coma—dijo el Marqués, empujando el brazo de Lefebur—. No se hace nada mejor en toda Francia.

—¿Y todo esto lo ha creado usted?—preguntó Lefebur, halagando a su futuro suegro, aunque a él no le importaban un ardite todos aquellos manejos comerciales del Marqués.

—Sí, todo es obra mía. Y el champaña también. Pero esto son menudencias nada más. Los grandes negocios pertenecen a mi hermana y yo se los llevo, continuando la obra de su difunto marido. La verdaderamente rica es ella. Yo no hago más que administrar. Y a mí me administra don Calixto, mi apoderado... Pase, pase, don Calixto—añadió el Marqués, viendo llegar a ellos a su administrador.

—Buenos días, señor Marqués y compañía. Le esperaba ya como agua de mayo. Hoy tiene que darme usted el dinero de la contribución.

—Es verdad, tome usted—contestó el Marqués, entregándole un grueso fajo de billetes que Lefebur contempló con ojos codiciosos—¿Salió ya la expedición de esta semana?

—Sí, señor. Ya está en camino. ¿Desea alguna cosa más?

—Nada, Calixto, hasta otro día... Pues, como le decía a usted, mi querido Lefebur, la fortuna de mi hermana va en aumento cada día gracias a mis desvelos, ya que trabajando para ella trabajo para mi hija, que es la única heredera de su tía.

—Y usted que sabe lo que cuesta ganar dinero... ¿verá imposible cómo se lleva todo el fruto de sus es-

fuerzas un ignorante y un necio como el Vizconde de De Marsal?

—No se preocupe usted... Mi hermana hará lo que yo le diga...

—¿Y qué le va usted a decir?

—Mi querida hermana... yo bien sé que quieres ver a tu sobrina vizcondesa... pero yo, con mi sentido práctico, te digo que los tiempos son otros y que ha pasado ya el romanticismo de los nombres... ¡Ahora sólo existe el romanticismo del oro, que suena mejor y da más buen resultado...!

Esto era lo que decía el Marqués a Lefebur, pero cuando se vió frente a su hermana la señora de Michot, encerrados los dos en el despacho del palacio, para tratar la ardua y difícil cuestión de la boda de Ernestina, el señor Marqués tuvo que dar mil rodeos antes de tratar de frente un asunto de importancia trascendental para ambos.

—... y te sostengo que hoy día es preferible el señor Lefebur, que se gana la vida con el magín y que tiene una relevante personalidad en el foro... ¡Es él quien debe casarse con Ernestina! — afirmó, después de muchos circunloquios y de una larga discusión.

—¿Casarse tu hija con ese adefesio que parece hecho con los desperdicios de la mantequilla de tu fábrica?... ¿Con ese monstruo que

ni siquiera se lava los dientes? ¡No, no, no y mil veces no!...

—Pero mujer, no te pongas así...

—¡Ah!... ¿Cómo quieres que no me indigne? ¿Debo recibir tranquila un destino como este? ¡Ya sabía yo que defenderías al abogado hasta el fin!... ¡Quizá quiera meterse en nuestra familia para destruirla!... ¡Danton era abogado!

—¿Qué manera de sacar las cosas de quicio!

—El que me saca de quicio eres tú... ¡Ya me has levantado la jaqueca... Menos mal que si la chica tiene algo de juicio eligirá a De Marsal. Una mujer no se casa con un hombre... sino con un nombre... En un salón, lo primero que se pregunta es: "¿Cómo se llama esa joven tan bonita que está valsando?"... Pero nadie pregunta si su marido es alto o bajo, tuerto o derecho...

—¡Prejuicios!... ¡Nada más que prejuicios!... Para mí no cuenta a nada de eso.

—Porque te llamas Gueblán... y eres marqués... Pero si te hubieras casado con un hombre...

—¿Yo con un hombre? — preguntó el Marqués, lleno de indignación.

—Hablo metafóricamente... Si te hubieras casado con un hombre excelente, sí, pero que llamara Michot... y tuviera que llamarte, como

yo, toda la vida... la señora de Michot...

—No te molestes ni dramáticas, porque no pienso ceder.

—¡Tu hija convertida en la señora de Lefebur!... ¡Lefebur!... ¿Qué nombre es ese de Lefebur para lucir en los salones? ¿No te pone carne de gallina sólo al pensarlo? y que la fealdad de ese hombre tiene que ser hereditaria, como la fealdad de su apellido... En cambio... si se llama la señora Vizcondesa de De Malsal.

—Ese nombre tiene cacofonía... y, además, el que lo ostenta es un jovenzuelo inútil y estirado.

—¡Pero que tiene un papel de cartas...! Quiero decir que puede poner en ángulo izquierdo una corona en relieve que da gusto tocarla...

—Para las cartas, lo mejor es no poner faltas de ortografía, como tú.

—¿Crees que me ofendes?... Todo el mundo sabe que las pongo porque puedo ponerlas... ¡porque estoy muy por encima de la Gramática!...

—El abogado es activo, laborio-

so, inteligente —decía el Marqués, sin abandonar la lucha, defendiendo a su patrocinado.

—El Vizconde es distinguido, correcto, ha viajado.

—Se casará con Lefebur.

—Se casará con De Malsal.

—Total, que llevamos cerca de dos horas hablando de lo mismo y no hemos avanzado ni un paso. Pues desde este momento queda todo en manos de la chica. Que ella decida libremente entre uno y otro... ¿Le hablamos los dos a un tiempo?

—Los dos a un tiempo no, que no nos entenderíamos. Cada uno que le exponga sus razones y que decida ella. Pero ha de ser mañana mismo y, lo que ella diga, sin apelación.

—Bien, bien, querida, todo lo que tu quieras menos que te disgustes con tu hermano —dijo el Marqués mimosamente.

—No me disgusto, no... pero la que se queda con la jaqueta soy yo...



...

Lefebur estaba dispuesto a vengarse de Daniel Fierro y, como había sido vencido por él en la sala de armas, quería ahora vencerle en la sala de juego del palacio, en torno a una de cuyas mesas se hallaban sentados junto con De Marsal y el banquero Lerambert.

—Usted jugará conmigo, Daniel, y los dos jugadores contra Lerambert y De Marsal.

—Perfectamente —replicó Daniel, que, aunque no se sentía muy seguro con los naipes en la mano, estaba dispuesto a perder con toda dignidad.

—Las puestas, serán las corrientes, ¿no? —inquirió Lerambert.

—Sí, un poco altas, porque, de lo contrario, el juego pierde interés.

—Sí, sí, altas —dijo Daniel con aire indiferente que sorprendió a los demás.

—Como usted quiera... pero no olvidemos que no todos somos propietarios de casas de banca, como el señor Lerambert. ¿Cómo están sus hijos, señor Lerambert? —preguntó Lefebur, después de haber dicho la frase anterior con eviden-

te alusión a Daniel, que no quiso recogerla.

En otra mesa de juego, la señora de Michot estaba con Dafne, el Barón y René, y, como siempre, hablaba ella por todos.

—¡Dios mío!... Daniel rodeado de sus enemigos... Todavía no he podido convencer a nadie de que se trata de un buen chico, y todos le tienen puesto el ojo encima como si se tratara de un bribón... Pero siga, siga, René, siga contándonos cosas del Cairo... ¿Siguen allí las pirámides?

—¿Viene usted del Africa? —interrumpió Dafne — ¿No ha visto a mi marido?

—¿Dónde está su marido?

—Se fué a Africa a cazar elefantes y leones, y no me escribe...

—El correo entre aquellos negros salvajes no puede funcionar bien...

El Marqués entró en la sala de juego, echó una mirada en torno suyo y, dirigiéndose al Barón, le dijo:

—¿Se ha empezado a jugar ya?... Yo he llegado un poco tarde... Las visitas, las cuentas, las expedicio-

nes... ¡No tengan ustedes nunca negocios!

—No hay cuidado... —gruñó el Barón.

—¿Y la Condesa, mi querido Conde?—preguntó, dirigiéndose a otro de sus huéspedes.

—Descansando de mí, según ella... Dice que le doy una guerra horrible, y lo creo...

En la mesa donde Daniel jugaba con sus enemigos, se escuchó la voz triunfal de Lerambert que decía:

—¡Habéis perdido!

Daniel, tranquilo, sonriente, sin inmutarse, sacó la cartera y de ella todo el dinero que contenía y que entregó a Lerambert con un gesto gracioso y fino, levantándose luego de la mesa, dando ya por terminada la partida.

Cuando se hubo alejado, y sin que Lefebur imaginara la antipatía que contra él sentían los dos rivales, comentó:

—Es simpático el joven... ¿verdad?

La señora de Michot estuvo a Daniel cuando pasó junto a su mesa.

—Mi querido artista, quisiera mostrar a mis invitados cómo trabaja usted... ¿tiene en ello algún inconveniente?

—Ninguno... Lo haré con mucho

gusto, pero dentro de algunos días, cuando esté más adelantado el busto... Ahora no se ve nada.

—Es un trabajo lento, ¿no?

—Sí, pero la culpa es de ella... ¡no hay modo de que esté quieta un momento! —replicó Daniel.

Y dirigiéndose discretamente a la señora de Michot, la dijo:

—Quisiera decirle algo...

Se separaron del grupo y Daniel, en voz baja, le dijo:

—Mañana debo ausentarme por algunas horas... Necesitaría un coche...

—¿Le ocurre algo? ¿Necesita alguna cosa? ¿Dinero acaso?... No le importe pedirlo. Los artistas nunca trabajan mejor que cuando se encuentran animados por la necesidad. Por eso, los millonarios, rara vez somos artistas...

—No, no necesito nada... Se trata precisamente de... del mármol —dijo Daniel, feliz de haber encontrado la excusa oportuna—. No tengo más remedio que ir yo mismo a comprobar si es el bloque preciso que yo necesito...

Ernestina, en aquellos mismos momentos, estaba en su cuarto encerrada, leyendo con avidez los libros que a escondidas cogía de la biblioteca de su tía. No tenía aun consentimiento de asistir a la tertulia nocturna ni mucho menos a la

sala de juego, ya que aquello, según la autorizada opinión de la señora de Michot, no era para chicas solteras, y la muchacha mataba el tedio de aquellas horas devorando una tras otra todas las novelas de grandes aventuras a las que su tía era tan aficionada.

—¿Anda!... —comentó el aya Marcela viendo en manos de su señorita un voluminoso tomo que llevaba el título de *El Vizconde de Bragelanne*.—¿Como se entere tu tía de lo que lees!...

—El otro día le pedí permiso para leer los libros que leen los mayores; lo pensó mucho... y me dió *La cabaña del tío Tom*...

—¿Qué has hecho de los últimos cuentos que te trajeron?

—Se los he mandado a Juana.

—¡Pobre criatura! ¡Así está ella!... Dice que espera al príncipe que va a libertarla de los genios que la tienen convertida en hija del guarda... Yo les dije que llamaran al médico, pero el padre, que es otro genio, me dijo que lo que la chica necesitaba era una buena paliza...

—¿Y pensar que si yo hago caso de mi tía acabo...! —murmuró Ernestina haciendo gestos significativos de que hubiera acabado más loca que un cencerro.

—Vaya, pues que descanses, y

duérmete pronto... que por todos los caminos se va al manicomio...

El aya Marcela se alejó de la habitación y Ernestina continuó leyendo ávidamente la novela que la apasionaba, pero escuchando los pasos de su tía que se acercaban, la escondió con rapidez entre las sábanas, sacó de debajo de la almohada un librito de cuentos, y se puso a leerlo atenta y con carita ingenua, como si le interesara mucho todo aquello capaz de despertar una imaginación infantil, pero que ya no hacía mella en su ánimo de mujercita en ciernes.

Entró la de Michot en el dormitorio de Ernestina, echó una rápida mirada al librito que estaba leyendo, sonrió con gesto aprobatorio y le lanzó a boca de jarro y sin preámbulos, la pregunta:

—¿Lafebur o De Marsal?... ¡Elige!

—Ninguno de los dos.

—Mañana vendrá tu padre a hacerte la misma pregunta.

—Y contestaré igual.

—¿Por qué?

—Porque no quiero ni al uno ni al otro.

—¡Cuántos escrúpulos!... Las mujeres nos casamos por amistad o por conveniencia... El amor viene luego...



—Yo quiero estar enamorada de mi marido.

Eso no es de buen tono... Cuando yo me casé con Michot, me era muy simpático, pero no lo quería ni más ni menos que al emperador de la China.

Ernestina se arrellanó bien en la cama y preguntó a su tía mirándola fijamente:

—¿Es también de buen tono que el novio no quiera a la novia?

—Eso es una necesidad... Ellos sí deben quererla.

—Pues ni uno ni otro están enamorados de mí, estoy segura de ello; uno es gordo y el otro flaco; uno tiene dinero y el otro títulos; pero los dos me dicen las mismas palabras obligadas... ¿No es así como se ama? —suspiró la chiquilla, que tenía el cerebro lleno de románticos cuadros de amor.

—¿Y tú qué sabes, vamos a ver? —preguntó la tía, soliviantada.

—En los cuentos que me das a leer, el amor es otra cosa... Sí, tía... compréndelo... Si esos señores estuvieran enamorados de mí, algo en mi corazón me lo daría a comprender...

—¡Bah!... Eso son cosas de niña!... ¡Ya se te pasarán todas esas tonterías!

—¿No!... ¡No se me pasará!... No puedo explicarme vuestro empeño

de casarme con personas que únicamente me quieren por su interés... Teniéndolo todo, queréis hacerme desgraciada... Si viviera mi madre seguramente me defendería —concluyó Ernestina llorando como una criatura desdichada.

—¡Vamos, vamos no te disgustes!... ¿A ver?... Abre los ojos... ¿Pero es verdad que estás llorando?... ¡Mira que llorar por una menudencia como está!... ¿Es que quieres a alguien?... Vamos, di...

Ernestina se arrojó a los brazos de su tía, llorando a todo llorar, y haciendo un gesto afirmativo con su cabeza loca.

—¿Es noble? —preguntó la de Michot, que tenía los títulos como única norma matrimonial.

¡Como un rey!

—¿Rico? —preguntó la de Michot, que también concedía lo suyo al dinero.

—¿Como un rajá!

—¿Valiente?

—¿Como un español!

—¿Le conocemos?

—Sí.

—Pues bien, mi querida sobrina, pruébame que Lefebur y De Marsal no te quieren y entonces hablaremos de ese tercero en discordia... al que únicamente patrocina tu corazón.

—¿Que pruebe que no me quie-

ren? — indagó Ernestina quedando un rato pensativa. Y como una idea luminosa cruzara su imaginación, dió sobre la cama unos brinco y besó a su tía con precipitada ternura.

— ¡Ya está!... ¡A'go genial!... De maravilla!...

— ¿Qué te ocurre?

— Que ya he encontrado el sistema de demostrarte que no me quieren... Primero te casas tú...

— ¿Que me case yo?

— Sí... de mentirijillas. ¿sabes?... Te casas y no te casas... Verás, yo te explicaré.

A la mañana siguiente, la señora de Michot contaba a su hermano todo el plan de su hija.

— Como la chiquilla es un demonio... pues ha imaginado una diablura... ¿Sabes qué ha inventado?... ¡Pues que yo me case!

— ¿Qué tú te cases? — preguntó el Marqués, agarrándose fuertemente al sillón, como si temiera que con aquella noticia fuera a desencadenarse un terremoto.

— Verás, me caso y no me caso... Pero no me explico tu sorpresa... ¿Es que es imposible que yo pueda casarme?... ¡Parece como si fuera la primera vez que se casa alguien!

— No, la primera vez no... ¡pero

sería la última... ¡Después de ti... el diluvio!

— Déjate de tonterías... Hacemos correr la noticia de mi matrimonio. Por lo tanto, mi fortuna no pasa a Ernestina, que se queda como la Cenicienta, sin nada... El que la quiera así, se la lleva, y ella no dudará entonces...

— El que se la llevará será Lefebur, naturalmente—dijo el Marqués con convicción.

— No, De Marsal, que es un caballero...

— ¿Y no se os ha ocurrido nada más que eso a tía y sobrina?

— Nada más. Es la manera de terminar. Hemos escrito a Lefebur un anónimo por correo.

— ¿Un anónimo?

— Sí. Para los anónimos ha sido inventado el correo... Cuando yo me casé, nuestro padre recibió más de diez anónimos diciéndole que mi futuro estaba casado en Turquía con cuatro mujeres... ¡Estoy viendo la cara del abogado cuando vea a Ernestina en la categoría de las jóvenes sin dote... ¡El gordo Lefebur es incapaz de casarse gratis!

— ¿Y qué víctima habéis elegido para representar ese papel...

— Buenos días, papá... Buenos días, tía... — interrumpió la voz de Ernestina, que llegaba radiante de alegría y bella como un amanecer.

—¿Qué dice la nena de la casa?... Me estaba contando tu tía que os divertiríais muchísimo con todos vuestros planes...

—Ya encontré la persona con la que fingiré que me caso—dijo la de Michot, poniéndose muy coqueta.

—¿Quién es?

—Daniel.

—¡Tía! —exclamó Ernestina con asombro y muy disgustada.

—¿Por qué no?... Es muy guapo...

—Sí... pero...

—Tiene talento... Después de todo es un artista...

—No, no, Daniel, no—replicó Ernestina, con decidida energía.

—¿Es que es inverosímil que yo me casé con Daniel?... No veo que tenga nada de particular...

—Vaya, os dejó discutiendo esta cuestión... Hasta luego —dijo el Marqués, que no quería asistir a pelea entre tía y sobrina.

—¡Pobre chico!—suspiró Ernestina al quedar solas las dos mujeres.

—No le veo la desgracia... ¡ser mi prometido unos días, sin saberlo él!... Recibir mil atenciones, pasearse conmigo, darle los alones del pollo que tanto le gustan... y todo delante de los nuevos invitados, para que se den cuenta bien de mi predilección hacia él...

—¿Tus nuevos invitados?

—Sí; necesitamos fuerzas de refresco para que triunfe toda nuestra estrategia. No te extrañe oírme hablar así, porque esta noche he leído la batalla de Waterloo. He invitado a la señora de Lerambart, la mujer del banquero, con su hijo y su hija, que tiene un millón de dote, la pobrecita...

—¿Para qué?

—Verás... Este es Lefebur y éste De Marsal —explicó la señora de Michot, actuando con los platos y los vasos para hacer más comprensible el plan de las operaciones que pensaba realizar en el campo de batalla—. La familia Lerambart tiene por objeto despistar al enemigo. Y para De Marsal he llamado a su hermana, que formará la retaguardia...

—En una palabra, favoreces a De Marsal...

—Porque te conviene más... Primera fase de la batalla: entretener a Lefebur con los millones de la señorita Lerambart; después de los estragos que en su moral ha causado la artillería, o sea el anónimo, cuando el enemigo esté débil, avanza De Marsal por el flanco con el ejército bisoño de su hermana... que viene nuevito. ¡La victoria es segura para De Marsal, que es el que te quiere!

—¡Claro... le das todo el arma-



mento!—suspiró Ernestina con honda melancolía.

La de Michot no le hizo caso. La batalla de Waterloo la había inspi-

rado y estaba presta al ataque, segura del triunfo y orgullosa de sus admirables condiciones de estratega.

\*\*\*

Como había prometido, Daniel trabajaba aquel día ante los huéspedes del palacio, en el busto de la señora de Michot, que estaba ya muy adelantado y mostraba un gran parecido, destacando con ello el dominio artístico del joven escultor.

Lefebur llegó retardado. Venía con un humor negro y al entrar dió un pisotón a De Marsal que gruñó:

—Podía pedir perdón.

—Lo siento mucho, pero ya es tarde—replicó Lefebur con aumentado malhumor.

—Caballero..., abusa usted de su fortaleza...

—Y usted de su debilidad...

Ernestina cambió una expresiva mirada con su tía: no había duda, Lefebur había recibido el anónimo y por eso estaba de tal humor.

—¿Está usted hoy en vena, mi querido Daniel? —preguntó la de Michot, poniendo un gesto muy de coqueta y dirigiéndose al escultor con voz tierna e insinuante.

—Señora, sesenta minutos trabajando con usted, significan sesenta años... ¡No he logrado que se esté quieta un momento!

—¿Pero si soy una santa!... Ustedes son testigos de que no me muevo... ¡Ah, si yo fuese una muchacha como Ernestina, ya pondría usted más empeño en su trabajo!... ¿Y falta mucho?... ¡Porque yo no resisto más!... ¡Mis sales, pronto mis sales, o voy a caer desvanecida!—gimió la de Michot, moviéndose a un lado y a otro como si fuera presa de gran angustia.

—¿Y decía que estaba quieta?—inquirió resignadamente Daniel, dejando de trabajar mientras traían las sales a su modelo.

Aprovechó Dafne aquel momento para consultar las cartas que llevaba eternamente en la mano y preguntó al artista:

—¿Señor Fierro, cree usted que puede llegarse a ser artista por amor?

—Creo en los milagros del amor como en los del arte—contestó Daniel.

—¡Oh, cuéntenos algo interesante!—suplicó Ernestina.

—Un muchacho, que no es artista, se empeñó en hacer el busto de una de mis modelos, de la que se había enamorado perdidamente.

—¡Ah!... ¿Tiene usted modelos? ¿Y son guapas?

—Los artistas saben elegir — comentó De Marsal intencionadamente.

—Sí —afirmó Daniel—. Se encerró varias semanas en su habitación y cuando yo entré a ver su obra, les juro a ustedes que era cosa admirable... Señora Michot, le ruego que incline la cabeza hacia la izquierda...

—Sin embargo, no hemos oído hablar de esa obra maestra—dijo De Marsal con ironía.

—El amor es como Saturno, que devora a sus hijos. Algún tiempo después, encontré al artista muerto de hambre. Me contó que fué a ver a su amada con el busto bajo el brazo para enseñárselo y contarle el milagro...

—¿Y ella que contestó?—indagó Ernestina, ávida de un final novelesco.

—Que se fuera al cuerno, que la estaba fastidiando y que se largara

con su yeso a otra parte, porque pensaba casarse con el tendero de la esquina...

Ernestina hizo un mobin de disgusto. Aquel vulgarísimo final no le había complacido. Y la señora de Michot, queriendo distraerla de aquella pequeña decepción, gritó, levantándose de su asiento y mirando el trabajo de Daniel como si estuviera en éxtasis:

—¡Qué maravilla! ¡Qué belleza! ¡Qué cosa tan admirable! ¡Está hablando! ¡Querido artista, necesito abrazarle para demostrarle todo mi entusiasmo!

—Señora, por Dios... — musitó Daniel un poco avergonzado por la súbita expansión de su modelo.

—¡Ay, cómo ha demostrado usted que el amor hace milagros! — siguió diciendo la de Michot, entrando de lleno en la comedia que se había propuesto representar—. ¡Miren, miren que maravilla!

—En efecto, el parecido es asombroso.

—¡Admirable!

—¡Hay que confesar que es un escultor de verdad! —afirmó Lefebvre, que hasta ahora no empezaba a creer en la verosimilitud de aquello que él había estimado no ser más que una paparrucha.

—Merece usted una crónica apar-

te—dijo "Morfeo", tomando notas en su carnet.

—¿Se debe también a un milagro... la rapidez con que ha trabajado hoy en su obra?—inquirió Ernestina, quedándose rezagada junto a Daniel, mientras los demás comenzaban a salir del estudio del escultor.

—Sí... Al milagro de que por fin ha estado la señora de Michot quieta unos minutos—contestó Daniel, riendo con su risa franca y noble.

Ernestina titubeó unos momentos. Quería preguntar algo a Daniel y se le hacía difícil la pregunta. Este la miró, mientras cubría el busto con lienzos húmedos, dándose perfecta cuenta de que la chiquilla quería hablarle.

—Daniel...—comenzó a decir Ernestina, balbuceando.

—¿Sí?...—inquirió él.

—¿Sería usted capaz de casarse algún día con una mujer de más edad que usted?

—¿Sabe que nunca se me había ocurrido pensar en semejante cosa?

—replicó Daniel tras una breve reflexión—. ¿Quiere usted acompañarme al jardín a ver si me inspira y puedo contestarle?

Ernestina asintió y los dos salieron al jardín por la gran puerta vidriera que abría sobre él. Pasearon un rato en silencio, y Ernestina

preguntó, para romper aquel mutismo que iba haciéndose excesivamente prolongado.

—¿No echa usted de menos su estudio?

—Sí, francamente sí. En especial por mi trabajo que he dejado abandonado. Tengo unas cuantas obras empezadas que serán un gran triunfo para mí.

—Del de hoy no se puede quejar usted.

—Este no tiene importancia ninguna... Lo importante es la inspiración, crear algo que el cerebro ve a través del arte y saberlo reproducir fielmente, tal como lo vemos en nuestro espíritu...

—¿Gana usted mucho dinero con sus esculturas?

—A mí el dinero no me importa; lo que quiero es la gloria. El dinero sólo lo necesito para vivir, no he hecho de él un ídolo, y si pudiera prescindir de él sería en absoluto feliz.

—¿Qué modo tan distinto de pensar de todos cuantos vienen a esta casa, que sólo por el dinero viven, y para el dinero... ¿Lo pasa usted bien entre nosotros?

—Perfectamente. ¿Y tú no?—preguntó Daniel que hablaba a aquella chiquilla con un tono un poco paternal, pues la veía demasado niña para tomarla en serio.



—Yo soy muy desgraciada—aseguró Ernestina con una graciosísima mueca de disgusto.

—¿A tus años?... ¡Entonces el mundo debe pararse para siempre!

—Yo no conozco el mundo. He vivido siempre encerrada en esta jaula. Nadie ha hecho caso de mí. Mi padre habla poco; mi tía demasiado; y ni ellos ni sus amigos me han dicho nunca una frase de cariño. ¿Por qué, usted que puede comprenderme, no se queda aquí para siempre?

—Eres adorable...—murmuró Daniel, mirando con ternura a la chiquilla—. ¿Sabes lo que te digo?... Que no pienso casarme jamás con una mujer mayor que yo... porque no se podría parecer a ti...

Ernestina sintió que una oleada de emoción, de una emoción jamás sentida, ni aun cuando llegaba al punto culminante de sus cuentos o de sus novelas, la invadía por entero, precipitando los latidos de su corazón y haciendo asomar a su rostro los vivos colores de una aurora boreal; pero antes de que pudiera contestar, antes de que pudiera, en un grito del alma, confesar a Daniel su amor, una voz que hablaba desacompañadamente vino a interrumpirles, y Juana, la hija del guarda, pasó cerca de ellos sin verles, recitando a gritos, con febril entusias-

mo, los versos que estaba leyendo:

*Israel lleno de audacia,  
pero temiendo morir,  
quisiera poderse ir  
a colonizar a Alsacia...*

La noche de aquel mismo día vió engalanarse el salón principal del palacio para ofrecer a los invitados un gran baile y una solemne recepción. Brillaban las luces de las magníficas arañas de cristal que reverberaban en los espejos, y la belleza de las señoras lucía mejor en aquel cuadro deslumbrante que tejía en torno a ellas una aureola de luz.

Una bailarina profesional, muchacha esbelta, bellísima, de rara y original belleza, dió una exhibición de danzas clásicas acompañada al piano por Josefina Lerambert, la elegante hija del banquero que se había ofrecido espontáneamente a acompañar a la danzarina.

Lefebur estaba junto a la pianista y no tenía más ojos que para ella, contemplando la belleza serena de aquel rostro... en el que el obeso abogado debía ver los millones de su padre reflejados en cada una de sus facciones.

—¿No mira usted el baile? —le preguntó Josefina, un tanto halagada por aquella muda contemplación de que era objeto.

—No... Sólo me interesa usted—contestó, insinuante, Lefebur.

Josefina Lerambert sonrió y siguió tocando en silencio, mientras en otro ángulo del salón, De Marsal hablaba en voz baja a Ernestina:

—Hoy es el día más feliz de mi vida, Ernestina...—decía el vizconde rubio y pálido, ávido de millones, con los cuales cubrir los cuarteles de su escudo.

—¿Sí?...—

—Sí, porque tu padre acaba de dar su consentimiento para nuestra unión.

—¿Qué dice...?—indagó Ernestina con un leve sobresalto.

—Nunca dudé que tu padre acabaría cediendo... Entre Lefebur y yo... no hay duda... ¿Estás contenta?

Ernestina no contestó.

El matrimonio Lerambert, que estaba a pocos pasos de ellos, también hablaba en voz baja para no estorbar la cadencia de la música:

—¿Te has fijado en lo bien que toca el piano nuestra hija?—decía el banquero a su esposa.

—Me he fijado en algo más...—susurró la señora Lerambert, haciendo un gesto expresivo para designar la asiduidad de Lefebur en torno a su hija.

—No me disgustaría nada tener por yerno a un abogado tan nota-

ble. Tengo pleitos que sólo puede defender una persona de la familia.

La ballarina, en sus constantes giros, pasaba y repasaba de un lado a otro del salón, haciéndose admirar por todos, sonriendo a todos con su rostro enigmático, y culebreando su cuerpo en una armonía fantástica de movimiento, llenos de elegancia y distinción.

—¿No le parece que mi busto puede figurar en los grandes museos de Europa?—preguntaba la señora de Michot a Daniel, que estaba sentado junto a ella—. ¡Es una maravilla!

—Verdaderamente... ¡qué maravilla!—replicó Daniel, que no tenía ojos más que para la ballarina y que a ella sólo se refería.

Ernestina se había acercado al grupo formado por la señora de Michot y Daniel, y preguntó con el aire muy preocupado:

—Tía... ¿es verdad lo que acaba de decirme el Vizconde?... Tía, contésteme...—insistió, viendo que la de Michot no le dispensaba ninguna atención.

—¿Qué es lo que te ha dicho?

—Que tengo que casarme con él.

—Sí. Esta mañana lo hemos convenido tu padre y yo—contestó la de Michot con mucha seriedad, volviendo a ocuparse únicamente de

Daniel, con una asiduidad de niña enamorada.

En otro rincón de la gran sala de recepciones, el grupo de amigos comentaba vivamente la noticia que Lefebur había ya hecho circular entre ellos:

—Estoy viendo que van a tener que anunciar la boda de la tía antes que la de la sobrina—decía René con significativas miradas hacia la pareja formada por la señora de Michot y Daniel.

—Verdaderamente, ha sido un notición... ¿Pero ustedes creen que es cierto?

—Lefebur lo ha asegurado.

—Señores...—dijo Carlos Lerambert, llegando casi sin aliento—. ¡La señora de Michot se casa! —Y lo dijo en un tono sensacional.

—Llega usted tarde, amigo mío—le contestó "Morfeo", el cronista de sociedad—. Esta noticia la sabe ya en esta casa hasta la Condesa, que con su sordera nunca se entera de nada...

El Barón se acercó a su primo el Marqués y, con su aire severo, le dijo:

—Las locuras de tu hermana han de tener un fin... Me acabo de enterar de su última campanada...

—¿Cuál? —replicó el Marqués, haciéndose el no enterado.

—Sus relaciones con el escultor.

—¿Y estás seguro de que es la última?...

—Pero... ¿cómo?... ¿estás así, tan tranquilo?... ¡Esto es una catástrofe!... Mucha energía para tus negocios y tu casa hundiéndose por culpa de esa histérica, que debería estar reclusa...

—¡Cálmate, hombre, cálmate, no lo tomes tan a pecho!

—¿Que me calme cuando ese picapedrero va a ser el dueño de esta casa y de vuestra fortuna?... ¡Yo no puedo ser cómplice de semejante desatino!... ¡Adiós!... Si estáis todos locos no quiero contagiarme de vuestra locura...

El Marqués no pudo detener a su primo, que salía indignado del salón, porque en aquel momento había terminado la bailarina sus danzas y todos se habían precipitado en torno a ella para felicitarla y festejarla.

El Barón pidió su coche, su abrigo y sombrero y se disponía a salir cuando, en la puerta de entrada, se tropezó de manos a boca con la señorita de De Marsal, una mujer extravagante, alocada, que llegaba con un gran cesto en un brazo, dentro del cual asomaba la cabeza cuidada de un gato enorme, y en la otra una jaula con unos pájaros y así, con sus dos manos ocupadas, con su rostro de ave y sus ojillos aviesos,



intentó abrazar al Barón mientras le decía a grandes gritos:

—¡Ya me tenéis aquí!...

Empujola el Barón de mal talante, y la señorita de De Marsal se quedó desconcertada, preguntando a Perrochón que había acudido a recibirla:

—¿Qué le pasa hoy al señor Barón?

Y, sin esperar contestación, pues no le interesaba, entregó el gato y los canarios a Marcela, que también había acudido, recomendándole con gran interés:

—Cuidado con "Manolín", mucho cuidado... Y los pájaros ponlos donde siempre... ¿Dónde están los invitados? ¿En el salón, no es cierto?... Pues subo a arreglarme un poquito y luego bajaré... ¡Pero por Dios, no dejéis a "Manolín", que no está nada bien...!

En el salón seguía la fiesta. Algunos bailaban y otros charlaban apartados del bullicio del baile. El conde había tomado en sus manos el gran álbum en pergamino que había sobre una mesa y decía con asombro:

—Conociendo mis aficiones, ¿cómo no me había hablado usted nunca de esta joya, Marqués?

—Es el álbum de firmas de las personas ilustres que pasaron por esta casa.

—Ney... Dumas... Napoleón... —leyó el Conde.

—¿Napoleón?... ¡Qué raro! —comentó el Marqués, mirando a su hermana que se encogió de hombros para indicar que no sabía de qué le hablaban, mientras Daniel disimulaba su turbación para que no fuera descubierta la jugarreta que había cometido inconscientemente la noche de su llegada.

—Sus traros son inconfundibles... —murmuró el Conde.

—Y usted, tan experto, ¿qué lee en esos rasgos? —preguntó Dafne, que siempre se interesaba por las cosas que trascendían a misterio.

—Sin duda que ganó muchas batallas... —murmuró Daniel.

—No... nada de eso... ¡es curioso! —afirmó el Conde, examinando la escritura—. Le revela un temperamento de artista... incapaz de matar una mosca... Sin embargo, en cada letra se vislumbra el genio...

La señorita de De Marsal, con revuelo de pájaro, entró en el salón, saludando a todos y charlando con parloteo de cotorra:

—Me he retrasado, como siempre, pero llego a punto para bendecir vuestra unión... Me lo he imaginado ante la urgencia del aviso... Mi enhorabuena... ¡Qué emoción debes sentir, mi querida Ernestina!... ¡Ah, soy dichosa de poder ver a mi her-

mano unido a esta angelical criatura!... Mis felicitaciones a todos...

Ernestina, desasíendose del abrazo que le daba la de De Marsal, co-

rrió hacia su tía y, al pasar junto a Daniel, le dijo con una expresión angustiosa:

—¡Sálveme, por favor, sálveme!...

\*\*\*

A la mañana siguiente, muy temprano, bajó De Marsal al jardín para coger por sí mismo un gran ramo de flores que entregar a su prometida, cuando su hermana llegó corriendo a él y le dijo, siempre con aquel exceso de vitalidad que ponía en todas sus cosas:

—Necesito hablarte ahora mismo.

—¿Qué ocurre? — preguntó De Marsal, volviéndose a ella.

—Llego tarde a todas partes... pero tengo el privilegio de enterarme de todo en seguida... ¡Es espantoso!... Lo oí anoche mismo, cuando se lo gritaban a la Condesa a través de su trompetilla acústica... Dime, ¿qué fortuna tiene Ernestina?

—No sé exactamente... La de su padre, que no es gran cosa... y el fortunón de su tía, que es inmenso...

—Pues ya que tú no lo sabes exactamente, te voy a decir ahora mismo lo que tiene. Prepárate para no morirte del susto. ¡Estás haciendo

el ridículo, y todo por no contar con tu hermana!

—¿Pero qué es lo que pasa?

—¡Desgraciado!... ¿No sabes que Enriqueta Michot se casa con el escultor? ¡Todo el mundo lo sabe en esta casa, menos tú...!

—Yo también lo sé, pero no comprendo qué puede importarme a mí.

—¡Desdichado! ¿Pero no comprendes que la fortuna pasa íntegra a manos del escultor que ha sido más listo que todos vosotros?... ¿Por qué crees que se ha retirado Lefebur?

—¡Canallas!... ¡Villanos!... ¡Me las pagarán todas juntas!—gritó el Visconde, despertando de pronto y comprendiendo la triste realidad.

Y salió disparado en busca de Daniel, dispuesto a matarle, a abofetarle, a hacer de él un guiñapo, todo menos dejar que se llevara ricamente los codiciados millones de la niña.

Pero en el trayecto se tropezó

con la señora de Michot que le detuvo:

—¿Adónde corre usted tan alocado?... ¡Le hago mi prisionero!... ¡Se ha portado usted como un ángel! ¡Ya sabía yo que saldríamos triunfantes! ¡Al fin mi sobrina es para usted!...

—Sí, ¿eh?... ¡Pues ya se la regalo, señora!... Presiento que quieren dármele con queso y a mí el queso no me gusta, porque me repite... ¡No estoy dispuesto a hacer el primo! ¿Dónde está ese canalla de escultor?

Y dando un empujón a la de Michot, siguió su carrera, mientras ella se quedaba pasmada ante el súbito cambio operado en su protegido.

De Marsal corrió al estudio del escultor, entró en él como una tromba y le dijo a boca de jarro, ansioso de provocar un altercado serio que concluyera con aquel estado de cosas:

—Hace ya demasiado tiempo que se está usted burlando de mí y quiero decirle que no me gustan los pícaros ni los intrigantes...

—Señor Vizconde —replicó Daniel volviéndose indignado—. No tolero impertinencias de un monigote como usted...

Y sin más palabras le soltó un solemne bofetón, que resonó en el silencio de la amplia sala.

El lance trajo inmediatas consecuencias. El Vizconde, sintiéndose ofendido por aquel bofetón, desafió a Daniel y éste aceptó el reto con la tranquilidad con que aceptaba todos los acontecimientos de la vida.

Fué a su casa a medianoche a despedirse de su madre. No quería inquietarla con la noticia del duelo, pero tampoco quería medir sus armas con el Vizconde sin haber dado un último beso a aquella ancianita, que era la única que hubiere podido hacerle desistir de sus propósitos. En silencio se había acercado a la casa donde dormía tranquila, la había contemplado largamente con una mirada tierna, amorosa y dulce, y le rozó la frente con sus labios, apartándose dolorosamente de allí, como si temiera que aquella fuera la última vez que le fuera dado besar la frente noble, surcada de arrugas, pero serena y bella, de su madre.

Momentos después, encerrado en su estudio con Gustavo, al que había mandado llamar, le decía:

—Te ruego que nada digas a mamá... No he querido despertarla y me he despedido de ella sin que se diera cuenta... Prométeme que si me pasa algo...

—Seré para ella un segundo hijo, te lo prometo... Pero, ¿por qué te



has metido en ese enojo asunto?

—¡Pero si no he sido yo!... ¡Si todavía no me explico lo que ha pasado! El Vizconde me insultó, no sé por qué, y yo le di una bofetada porque se la merecía, nada más. Por esto me he visto obligado a nombrar dos testigos, uno de ellos tú.

—¿Y el otro?

—Lerambert, un buen muchacho.

—Ahí están—dijo Gustavo, oyendo sonar la campanilla.

Daniel salió a recibirles y les rogó que hablaran en voz baja. Eran el Conde, "Morfeo" y Carlos, que venían como representantes de De Marsal.

—El Vizconde nos ha designado para ser sus testigos en el campo del honor — dijo el Conde—. Yo creo que todo esto es disparatado, pero en fin... ¿qué le vamos a hacer!... Este señor, Carlos, viene en sustitución del señor Lefebur, que se ha negado en absoluto. Dice que conoce muy bien las leyes, para asumir esa responsabilidad. El Vizconde me ha encargado le diga que puede estar usted muy agradecido por el honor que le hace de medir sus armas con usted.

—¡Agradecidísimo!—repitió Daniel con ironía.

—Yo nunca me he visto en estos trances—confesó "Morfeo", como disculpándose.

—Pues yo en la vida me las he visto más gordas—añadió el Conde.

—Sin que esto signifique un salto atrás... ¿pueden decirme, por caridad, las causas del duelo?—inquirió Daniel.

—Yo puedo asegurar, porque estaba presente, que el señor de De Marsal ofendió de palabra al señor Fierro—aseguró Carlos.

—Sí, me injurió y yo le di una bofetada... Pero, ¿por qué me ofendió él?... Esto es lo que no comprendo, porque nunca le he hecho ningún daño.

—¿Y no ha habido modo de arreglarlo?—preguntó Gustavo, que estaba angustiadísimo por el resultado final del lance.

—Si el Vizconde hubiera retirado lo que dijo, yo habría retirado mi bofetada...—aseguró Daniel con mucha seriedad.

—¿Tienen ustedes armas?—preguntó Carlos.

—¡Toma, pues es verdad que se necesitan armas!—exclamó el Conde con expresión bobalicona.

—Si el duelo es a pistola, el Vizconde ofrece su colección.

—Y si es a espada, aquí hay estas—indicó Daniel por las que tenía en su estudio.

—Bien, ya decidiremos sobre la marcha... Hasta dentro de una hora, en el lugar convenido.

Una hora más tarde, en el lugar convenido, se reunieron todos los personajes que debían tomar parte en el acto, al lado de los dos protagonistas. Daniel estaba completamente tranquilo y examinaba las pistolas que había enviado el Vizconde, viejos ejemplares de una colección reunida por alguno de sus antepasados.

—Estaría más tranquilo aún si el duelo fuese a espada—dijo, hablando a Gustavo, que estaba cada vez más nervioso, como si fuera él quien tuviera que batirse—. ¡Porque con estas pistolas estoy seguro de que voy a matar a ese hombre!

—Sería conveniente aconsejarle la espada.

—Déjales... que elijan ellos...

El Vizconde de De Marsal estaba más pálido que de costumbre, y se mantenía, junto con sus testigos, a una respetuosa distancia de su adversario.

—Yo no sé tirar a pistola... balbuceaba el Vizconde que estaba muerto de miedo—. Pero ellos querrán el duelo a pistola, porque ese hombre debe de ser un gran tirador...

—¿No se podría echarlo a suertes? —sugirió "Morfeo", con muy buen criterio.

—Como quieran... Al fin y al ca-

bo, nos hemos ya saltado todas las reglas del duelo.

Lo echaron a suertes y quiso la suerte que el duelo fuera a pistola. Daniel hizo un mohín de disgusto y el Vizconde palideció todavía más cuando ya no parecía posible que aumentara la lividez de su rostro.

—Colocadnos a cuarenta pasos y que dispare el primero... Si no me da, yo tiraré a los pájaros—dijo Daniel en voz baja.

"Morfeo" se adelantó y dijo a Daniel, después de haber estado hablando durante largo rato con el Vizconde:

—El señor Vizconde dice que conoce la experiencia de tirador del señor Pierro y que como él no sabe tirar propone un medio de igualar la suerte: descargar una de las pistolas, mezclarlas bien, que cada uno de los contendientes escoja, a ciega, una de ellas y que cada uno dispare a cinco pasos de distancia.

—Me parece disparatado—arguyó Daniel.

Los duelos son siempre disparatados. El Vizconde ha perdido el juicio. ¿Qué quiere usted que le conteste?

—Que descarguen una pistola... —asintió resignadamente Daniel.

Después que cada uno de los contendientes hubo tomado la pistola con los ojos vendados, fueron colo-

cados a conveniente distancia por los padrinos y De Marsal invitó a Daniel:

—Dispare usted primero.

Daniel apuntó al aire y disparó, pero su pistola era la que estaba descargada. Gustavo y Lerambert cambiaron una mirada de angustia. Era seguro que el vizconde mataría a Daniel, disparando a cinco pasos de distancia. Fueron aquellos unos momentos de angustia suprema, que el Vizconde parecía querer prolongar mientras apuntaba con el pulso un poco tembloroso.

Daniel esperó impasible. Sólo sentiría, por su madre, que algo malo le ocurriera, pero una voz interior, algo así como un presentimiento optimista, le decía que nada podía ocurrirle, porque no había razón alguna de que aquel duelo se convirtiera en una cosa seria, ya que no se sostenía sobre ninguna base y era absurdo hasta lo inverosímil.

El Vizconde apoyó el dedo en el gatillo, dudó aún unos momentos y al fin disparó, porque todos le gritaban angustiosamente que tirara, ya que nadie resistía más la tensión nerviosa en que se encontraban.

Pero aún, antes de disparar, se dirigió a Daniel y le dijo:

—Si ahora disparo, seré un asesino... ¡Pídamle perdón!

—No, señor... ¡Tire usted! —replicó con dignidad Daniel, sin cambiar de postura, esperando en firme que le diera en el pecho el mortal balazo.

El Vizconde disparó, lanzó un grito de dolor, se le vió envuelto en una nube de humo y cayó al suelo desplomado.

Todos se precipitaron a él sin comprender qué había ocurrido. Daniel fué el primer en acudir para prestarle socorro.

—¿Qué ha pasado?

—¿Está herido?

—¿Se ha matado?

—No, no está muerto —dijo el médico, que casi no acertaba a tomarle el pulso.

—¿Pero cómo va a estarlo, si nadie ha disparado contra él?—exclamó Daniel en el colmo de la sorpresa.

—Caballero —murmuró De Marsal abriendo los ojos y mirando a Daniel con ojos de cordero arrepentido—, perdóneme y cáese usted con la que ama... y sea feliz...

—¡Ah!... ¿Pero es que usted ha creído que yo amaba a Ernestina? —preguntó Daniel, creyendo que comenzaba a comprender todo aquel enigma.

—No, señor, ya sé que a quien ama usted es a la señora de Michot...



—Se ha vuelto loco, el pobre...— comentó Daniel.

—No, no está loco—aseguró el Conde—. El que está en Babia es usted... por lo visto.

En aquel momento llegaba el coche del señor Marqués de Gueblán que había tenido noticia del duelo y venía a todo correr para evitar la posible catástrofe.

—¿Qué ha pasado?... ¿Qué ocurre?...—preguntó con angustia.

—Nada, nada... Todo ha quedado reducido a un duelo graciosísimo...

—Pero que no debió ser... ¡El duelo es propio de bárbaros, no de cristianos! Si todos trabajaran como yo no se batiría nadie... ¿Pero qué es lo que ha pasado?

—Poca cosa, que al Vizconde se le ha reventado la pistola en la mano—explicó Carlos, que en aquel momento examinaba el arma.

—¿Quién la había cargado?

—Mi armero—contestó el Vizconde, que se iba reponiendo del susto.

—¿Cuándo?

—En 1850...

—¡Acabáramos!—rió Daniel, que al fin se sentía dichoso por todo aquel lío que hasta entonces no comprendiera y que ahora le parecía divertidísimo.

Entre tanto, en el palacio de Gueblán, las señoras sufrían toda

la tortura de sus nervios puestos en tensión y desequilibrados, por la noticia del duelo que había hecho circular rápidamente la señorita De Marsal al darse cuenta de que las habitaciones del escultor y de su hermano no habían sido ocupadas aquella noche y se había enterado de que ambos habían salido al campo con armas que no eran precisamente útiles para la casa.

—¡Ay, yo no resisto más!—gemía la señora de Michot, consumiéndose de angustia—. Hay que saber algo inmediatamente... Que vayan a enterarse... Se me van a romper los nervios.

—¡Se ha parado un coche en la verja del jardín!—exclamó la señorita Lerambert, que atisbaba a través de la ventana.

—¡Ellos!... ¡Son ellos!—gritó la de Michot, precipitándose a su encuentro.

Todas las damas de la casa corrieron al hall para recibir a los que llegaban, y Ernestina que había sufrido un espantoso calvario en aquellas horas, gritó llena de angustia:

—¡Daniel!... ¡Daniel!... ¿Dónde está Daniel?

—¡Lo han matado!—afirmó la señora de Michot, que era muy aficionada a abultar las cosas y a dar las noticias más sensacionales, aunque

no tuvieran ni el más leve viso de verosimilitud.

—¿Y mi hermano?—preguntó la señorita De Marsal.

—¡También debe de estar muerto!—aseguró la de Michot.

—¡Daniel!... ¡Daniel vive!—gritó Ernestina, viendo a Daniel que fué el primero en descender del coche y adelantándose hasta donde estaban la dueña de la casa y su encantadora sobrina, les dijo con sencilla emoción:

—Perdóneme... Si no hubiera sido provocado, habría guardado más respeto a las leyes de la hospitalidad... No fué más la culpa de este trance tan desagradable.

—¿Y mi hermano?—preguntó la señorita De Marsal.

—Viene herido.

—¿Por usted...?

—No; ¡por él mismo!

El Vizconde llegaba en aquel momento. Tenía sólo una leve herida en un brazo, que llevaba vendado y en cabestrillo, y su rostro ofrecía una palidez casi de cadáver, no por la sangre que hubiera perdido, sino por el miedo que había pasado.

—Por fortuna nada hay que lamentar... Todo se ha reducido a una jira campestre un poco accidentada — dijo el Marqués, tratando de tranquilizar a las señoras y de quitar importancia al lance.

En aquel momento entró Perrochón a decir que una señora ancianita se empeñaba en entrar, fuera como fuese, y que no había posibilidad de convencerla de que no era aquel el momento oportuno para hacer visitas.

—¡Ya se ha colado hasta aquí...! — concluyó diciendo Perrochón, quedándose a un lado y dejando paso a doña Matilde, la dulce madre de Daniel que al verla se arrojó en sus brazos y la besó con toda su ternura.

—¡Hijo...! ¡Hijo de mi alma!... ¿Estás vivo?... ¡No te ha pasado nada?... ¿Te has batido, verdad? — decía la viejecita llorando y riendo al mismo tiempo.

—Sí, mamá... Pero, ¿cómo lo has sabido?

—Esta mañana la portera me ha dicho que anoche estuviste en casa, que fueron a buscarte cuatro señores vestidos de negro... y como he visto que faltaban las espadas en la panoplia de tu estudio... he comprendido que algo malo te ocurría... y por esto he venido aquí sin dilación... ¡Hijo de mi vida!... ¡No quiero pensar en el horror de haber estado a punto de perderte para siempre!... ¡Yo ya te lo había advertido... En esta casa hay una señorita muy guapa... y tú no debías haberte enamorado de ella... ¡pero como eres

tan loco, tan loco!—decía, sonriendo con bondad, la dulce anciana.

Ernestina, al escuchar aquellas palabras, abrazó a su tía en un raptó de entusiasmo, diciéndole con vehemencia:

—¿Me ama, tía, me ama?... ¿No lo oyes?... ¿Me ama!

Y en su alocada inconsciencia, corrió hacia Daniel dispuesta a abrazarle también, pero contenida por una súbita timidez, se arrojó a los brazos de doña Matilde, besándola y llamándole "mamá" con una voz en la que palpitaba una sincera emoción.

Doña Matilde miraba a su hijo sonriendo, complacida; el Marqués miraba a su hermana la señora de Michot, con una mirada en la que parecía leerse: "al fin estamos al tabo de la calle y la chica ha hecho ella sola su elección"; Daniel, sin perder su serenidad ni su aplomo, separándose de su madre, se dirigió al Marqués, como jefe de la familia, y le dijo, como si no se diera por enterado de lo que acababa de oír:

—Ahora, señor Marqués, sólo me resta despedirme de ustedes y darles las gracias por estos días, de los que guardaré un grato recuerdo que me acompañará toda mi vida...

—¿Y qué más?...—dijo la de Michot, un poco desconcertada por aquella despedida imprevista.

—Sí... además... quisiera decirles que...

—Diga, diga, sin miedo...

—Que he recibido el pago de mi trabajo, y que estoy muy satisfecho... ¡Han sido ustedes muy espléndidos conmigo!

—Y... ¿qué más?...—insistió la señora de Michot, cada vez más insinuante.

—Pues... puestos a abusar... les pediría el coche para que nos acompañara hasta casa... No por mí, sino por mamá, que está la pobre muy ancianita...

—Bien, cuente con él... Pero, ¿está usted seguro que no se le olvida pedir nada?...—insistió la de Michot, mirando a Ernestina de un modo muy expresivo.

—Sí... ¿no se le olvida a usted algo?...—añadió Ernestina, interviniendo—. Su mamá acaba de confesar que usted me ama... ¿Es verdad o no?

—Mi hija tiene razón. Diga usted si es verdad o no... ¿Por qué se hirió a espada con Lefebur?...—preguntó el Marqués.

—¿Por qué se desafió con De Marsal?...—inquirió la señora de Michot.

—¿Por qué me dijiste que nunca te casarías con una mujer mayor que tú... puesto que no podría nun-



ca parecerse a mí?—dijo Ernestina con un delicioso mohín de niña mimada que quiere que al fin consientan en su capricho.

Daniel estaba un poco azorado. Miraba al Marqués, miraba a la señora de Michot y casi no se atrevía a mirar a Ernestina porque sabía que aquellos ojos claros e ingenuos, dulces e inquietos, infantiles y pícaros al mismo tiempo, conseguirían de él todo cuanto se propusieran, y, tras un breve silencio, dijo, decidiéndose al quedar convencido de que en torno suyo no había ni una voluntad hostil:

—Me doy por vencido... y me rindo, como si todo esto fuera verdad y no un maravilloso cuento de hadas... Sí, amo a Ernestina desde el primer instante que la vi, tiznada y adrajosa, sentada al pie de la tapia del jardín... La amo... pero hay cosas que no nos atrevemos a desechar... y por no atrevernos, corremos el peligro de no conseguirlas nunca... Nos hemos acostumbrado a creer que las cosas extraordinarias sólo ocurren en los cuentos o en las novelas... sin comprender que la vida, en su realidad de cada día, es la que nos ofrece lo más extraordinario e inverosímil... Te amo, Ernestina, te amo... y te amo desde el momento en que pensé que no eras más que una vagabunda, una por-

diosera, una miserable desheredada de la fortuna... ¡Te seguiría amando siempre, aunque fueras la más desdichada de las criaturas!...

—Pues señor... está visto... ¡El amor no admite imposiciones!... Querida hermana, nos hemos equivocado los dos... Quizá sea la primera vez en la vida que tú y yo estemos de acuerdo—dijo el Marqués, abrazando a la señora de Michot.

Esta, un poco melancólica, estrechó la mano de Daniel, y sonriendo con una sonrisa en la que aun floreció un relámpago de juventud, le dijo:

—Mi querido artista... le tendrá usted como sobrino, ya que no ha podido ser otra cosa... ¡Siempre es algo!...

Un estrépito formidable se dejó oír en aquel momento, y la gran cortina de terciopelo que cubría la puerta del salón, se vino abajo como si un formidable terremoto hubiera tenido lugar.

Todos volvieron los ojos hacia el lugar de la catástrofe, y vieron a Juana, la hija del guarda, que era la que había producido aquel accidente, al apoyarse con fuerza en el cortinón, por haber tropezado en él, abstraída como estaba en la lectura de los cuentos que le hacían bullir su imaginación infantil, que miró a todos con una mirada llena de asom-

## M I V I D A E N T U S M A N O S

bro y recitó en voz alta, declamando la frase, como si estuviera en un escenario y ante un numeroso público, la frase final del cuento que estaba leyendo:

—“y la Princesa dijo al Príncipe Fierro... ¡mi vida en tus manos...”

Ernestina estrechó con fuerza la mano de Daniel y le miró largamente, como si en aquella mirada quisiera decirle que ella cambián, como la princesa del cuento, ponía su vida toda en sus manos y que desde aquel momento se daba a él enteramente y para siempre.

FIN

GRAN EXITO DE

# Emociones cinematográficas de un figurante

(La vida de los "extras" en los estudios)

Apuntes del natural

por

RAMIRO MARQUÉS

Interesantes ilustraciones

¡Lo más ameno en este género!

De venta en todos los quioscos y librerías

Precio: 3 pesetas

EDICIONES BISTAGNE

Passeig de la Pau, 10 bis

BARCELONA



**EDICIONES BISTAGNE**

publica siempre  
los mejores asuntos  
cinematográficos

**EDICIONES BISTAGNE**



